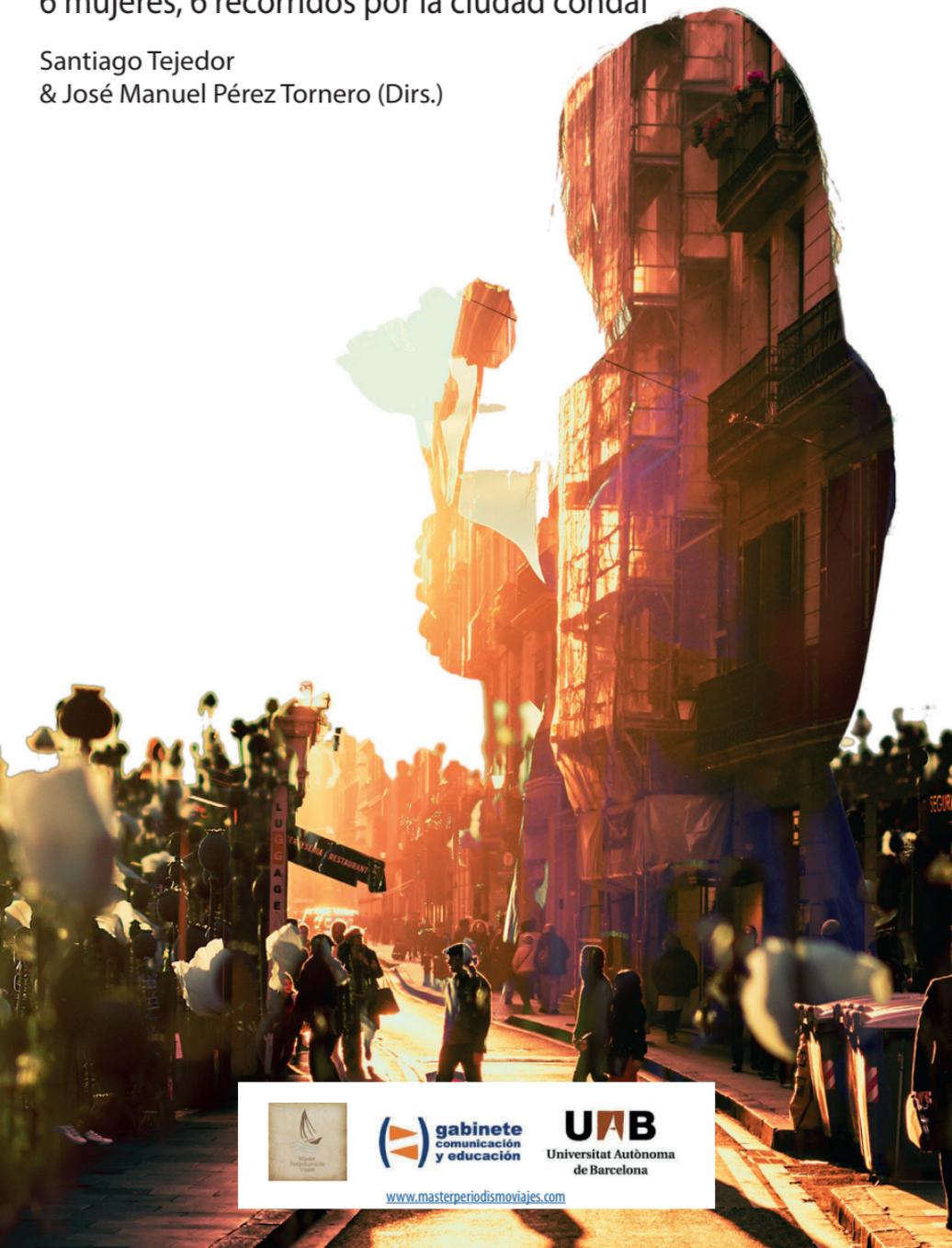


Barcelona en femenino

6 mujeres, 6 recorridos por la ciudad condal

Santiago Tejedor

& José Manuel Pérez Tornero (Dirs.)



 **gabinete**
comunicación
y educación

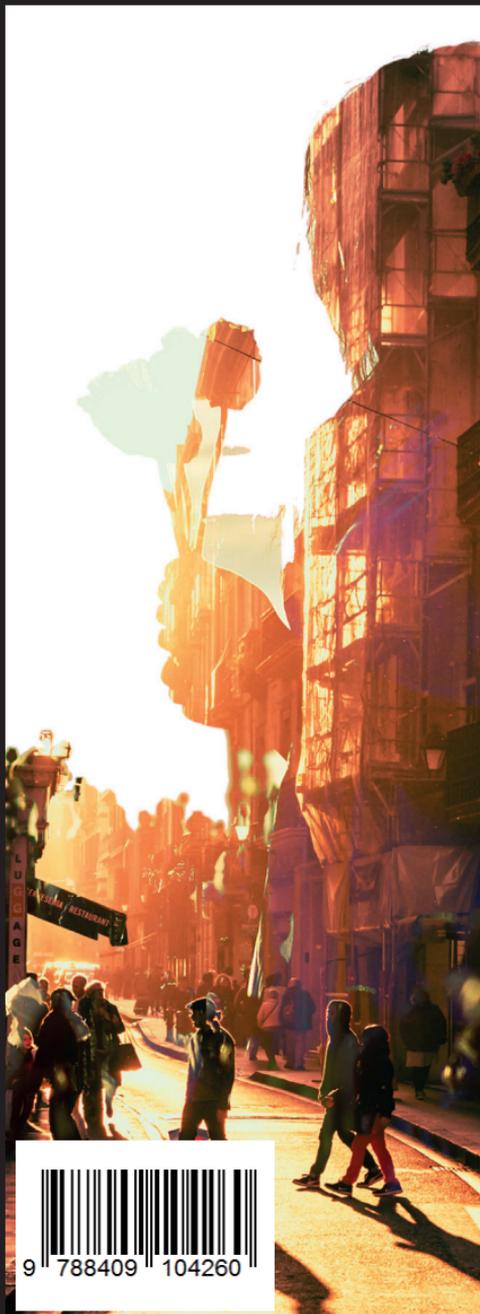
UAB
Universitat Autònoma
de Barcelona

www.masterperiodismoviajes.com

Decidimos constituir un laboratorio de ideas para generar una colección de guías dirigidas especialmente a renovar nuestra manera de ver y contar las ciudades. Comenzamos por Barcelona, una ciudad que recibe durante todo el año turistas de todos los rincones del planeta. Una ciudad impulsada por el turismo y, de alguna manera, condenada por esa misma afluencia masiva de visitantes. Con el apoyo de los estudiantes del Máster de Periodismo de Viajes de la UAB y los de la asignatura del grado de "Periodismo medioambiental y de viajes" nos preguntamos qué y cómo podría ayudarnos a construir un relato diferente y estimulante por las calles de la ciudad condal. La mujer era nuestro hilo conductor. Para ello, elegimos a un grupo de mujeres cuya vida, trayectoria y legado conforman una parte importante de la ciudad de Barcelona. Pero que, sin embargo, habían quedado relegadas a un injusto ostracismo. Convertimos el periodismo en una búsqueda documental, en una arqueología del recuerdo. Y comenzamos a coleccionar datos, testimonios y referencias alrededor de la vida de un puñado de mujeres. A través de ellas, redescubrimos una ciudad y la forma de recorrerla y caminarla. Por un lado, quisimos construir un tributo a una ciudad rebotante de historias y atractivos. Por otro, tributar un homenaje a un grupo (reducido y, por descontado, ampliable) de mujeres. De repente, descubrimos el motor de la mujer como actora decisiva en el devenir de una ciudad, en su necesaria cotidianeidad.

Santiago Tejedor & José Manuel Pérez Tornero

son los directores del Máster en Periodismo de Viajes de la Universidad Autónoma de Barcelona (www.masterperiodismoviajes.com).



Barcelona en femenino

6 mujeres, 6 recorridos por la ciudad condal

Dirección: Santiago Tejedor & José Manuel Pérez Tornero

Dirección: José Manuel Pérez Tornero y Santiago Tejedor.

Coordinadores de edición: José Manuel Pérez Tornero y Santiago Tejedor.

Edición de contenidos y coordinación de la obra: David Revelles.

Autores: Guillermo Adrianzen, Sabrina Balague, Roxanis Baños, María Jesús Ballesta, Irene Benavent, Núria Blanch, Anna Carballo, Beatriz Costa, Paula Cros, Marta Cunha, Pierpaolo D'Angelo, Letizia D'Annibale, Caroline Dalprá Lopes, Andrea Errando, Juan Carlos Espantoso, Ximena Esteve, Alejandra Fernández, María Carolina Fresno, Judit Gabaldón, Andrea Gamo, Leonardo Gerzon, Gabriela Gutiérrez, Clàudia Illa, Miriam Lafuente, Victor Marsura Caselli, Melania Mateos, Paula Merchán, Helena Navarro, Lissette Ode, Paola Pazcel, María Isabel Pérez, Stephanie Piña, Luca Rebori, Nathaly Rodríguez, Antonio Rosselot, Celia Sales, Natàlia Sánchez, Natàlia Sarrión, Juan Sebastián Toro, Sina-Aline Tschudin, Ionut Tutuman.

Montaje de portada: Marta Portalés Oliva.

Crédito de la foto de portada: Marta Portalés Oliva.

ISBN: 978-84-09-10426-0

Barcelona en femenino

6 mujeres, 6 recorridos por la ciudad condal

Una ciudad, mil ciudades

Escribe Italo Calvino en su libro *Las ciudades invisibles* que “al llegar a cada nueva ciudad el viajero encuentra un pasado suyo que ya no sabía que tenía: la extrañeza de lo que no eres o no posees más te espera al paso en los lugares extraños y no poseídos”. Esta mezcla de libro, crónica y guía de viajes es una clara muestra de ello. Redescubrir nuestra ciudad y, de este modo, sentirla como propia y como extraña. Unas veces, cotidiana y cercana. Otras, desconocida y sorprendente.

Decidimos convertir nuestras aulas en laboratorios de ideas y, en el marco del Máster en Periodismo de Viajes y la asignatura “Periodismo medioambiental y de viajes” de cuarto curso del grado de Periodismo, nos lanzamos a generar una colección de guías dirigidas especialmente a renovar nuestra manera de ver y contar las ciudades.

Comenzamos por Barcelona, una ciudad que recibe durante todo el año turistas de todos los rincones del planeta. Una ciudad impulsada por el turismo y, de alguna manera, condenada por esa misma afluencia masiva de visitantes. Con el apoyo de los estudiantes del Máster y del Grado nos preguntamos qué y cómo podría ayudarnos a construir un relato diferente y estimulante por las calles de la ciudad condal. Decidimos convertir a la mujer en nuestro hilo conductor y, para ello, elegimos a un grupo de mujeres cuya vida, trayectoria y legado conforman una parte importante de la ciudad de Barcelona. Pero que, sin embargo, habían quedado relegadas a un injusto ostracismo.

Convertimos el periodismo en una búsqueda documental, en una arqueología del recuerdo. Y comenzamos a coleccionar datos, testimonios y referencias alrededor de la vida de un puñado de mujeres. A través de ellas, redescubrimos una ciudad y la forma de recorrerla y caminarla. Por un lado, quisimos construir un tributo a una ciudad rebosante de historias y atractivos. Por otro, tributar un homenaje a un grupo (reducido y, por descontado,

ampliable) de mujeres. De repente, descubrimos el motor de la mujer como actora decisiva en el devenir de una ciudad, en su necesaria cotidianeidad. Así se forjó esta idea y este proyecto editorial que, ante todo, es el primer paso de nuestra firma convicción de que dentro de una ciudad existen cientos o miles de urbes que se redefinen, se reinventan. Carmen Broto, Clotilde Cerdà, Emilia Giménez (La Maña), Luïsa Vidal, Raquel Meller, Anaïs Napoleón... son sólo una pequeña representación de miles de mujeres que nos podrían contar “la” ciudad de Barcelona, desde una mirada tan estimulante como elocuente. Con ellas recorreremos una urbe que cambia según el lugar, el enfoque y el alcance del “sendero” que la recorre.

A futuro, nos hemos propuesto seguir indagando sobre nuevas formas y diferentes “miradas” para recorrer esta ciudad (Barcelona) que demanda, más que nunca, de nuevas propuestas (enfoques, caminos, recorridos, itinerarios tematizados...) que salgan de lo convencional, lo habitual, lo recurrente, lo típico, lo tópico. Quisiéramos año a año idear una propuesta original y disruptiva capaz de sorprender al recién llegado para también al que acumula años residiendo en la urbe catalana. En breve comenzaremos nuestro particular taller de guías de viajes para que la tormenta de ideas nos permita definir nuevas formas de contar un mismo lugar.

La ciudad siempre será la misma dirán algunos. Nosotros creemos que el debate no es ese. Las ciudades como entes vivos se reinventan. El reto ahora es cómo contar su historia, como edificar el relato y cómo identificar personajes que nos permitan que incluso los que aquí vivimos descubramos y comprendamos que en Barcelona hay una ciudad de mil ciudades.

Santiago Tejedor y José Manuel Pérez Tornero

Dirección

Máster en Periodismo de Viajes

Universidad Autónoma de Barcelona (UAB)

PORQUE BARCELONA ES NOMBRE DE MUJER

DAVID REVELLES

Hay momentos en los que, sin saber muy bien cómo y porqué, dos caminos sin aparente conexión se entrecruzan. Y entonces, sin pensarlo, te pones a caminar por un sendero inesperado, luminoso y emocionante. De algún modo, eso fue lo que pasó entre febrero y marzo de 2018 cuando tuve el privilegio de embarcarme en dos travesías apasionantes.

La primera llegó a finales de febrero, cuando la dirección del Museu de Història de Catalunya me encargó coordinar un ciclo de tertulias-cafés junto a diferentes expertos en el marco de la exposición *Llamas en la frontera. Catalunya y la Gran Guerra*, una magnífica retrospectiva sobre la profunda huella transformadora que la Primera Guerra Mundial dejó en el país. Hacía cuatro años que, como guía cultural, había mostrado con mi ruta *Barcelona y la Gran Guerra: sexo, drogas y tango* ese determinante (y desconocido) episodio de la Ciudad Condal a locales y foráneos interesados en conocer esta historia de la ciudad.

Sin embargo, ahora, el encargo suponía hacer foco en una de las aristas más notables de la transformación barcelonesa durante el conflicto. En una de las primeras tertulias, *De la mujer moderna a la garçonne*, tendría como acompañante a M^a Àngels Cabré, escritora y directora del Observatori Cultural de Gènere. Con ella abordaría los cambios en la condición de la mujer (de todos los perfiles de mujeres que vivieron la Barcelona de la época: burguesas, trabajadoras, prostitutas, intelectuales, líderes sociales...) propiciados por el conflicto.

Yo conocía esa transformación, pero decidí profundizar más en el papel y el protagonismo de las mujeres en el marco de una ciudad bendecida por un tejido industrial recio al que llegarían pronto de Francia contratos millonarios para fabricar de todo y a cualquier precio. El abogado Amadeu Hurtado, testigo directo del desenfreno

y la vida descocada en la que se enroló Barcelona durante cuatro años, lo retrató así en sus memorias: “Los barceloneses vieron ante sí un río de oro que se convirtió en riada”. La Barcelona jaranera y epicúrea - “con aire de depravación enjoyada”, como la definiría el escritor Josep Maria de Sagarra- se dejó arrastrar entonces a cabarets míticos como el Lion d’Or y el Excelsior, cuevas de desenfreno donde en noches eternas de champagne francés a precio de oro, espías, prostitutas de lujo, contrabandistas, pistoleros y toreros, se abandonaron al frenesí del tango y el *fox-trot*.

Sin embargo, esa ciudad deslumbrante, cobijo de especuladores y logreros, con pose de nueva rica, no favoreció a todos por igual. De hecho, entre 1914 y 1920, el poder adquisitivo de una familia obrera promedio disminuiría en un 17% en Barcelona, según el *Bulletí de l’Institut d’Investigacions Econòmiques* publicado por la Generalitat de Catalunya en 1933. Hasta que llegó el último año de guerra y la situación se hizo insostenible. Con los precios de los productos básicos (pan, bacalao, patatas...) de las familias trabajadoras por las nubes y un invierno severo como no se recordaba –el precio del carbón, imprescindible para cocinar y calentar los hogares, era prohibitivo debido a las artimañas de los especuladores- arrancaba el gélido enero de 1918.

Faltaban diez meses para que acabara la guerra en el mundo. Entonces, tras contemplar tres años de excesos y exhibición de riqueza, las mujeres de Barcelona dijeron basta. Ante la insostenible situación para las clases trabajadoras, miles de barcelonesas, entre enero y marzo de ese último año de barbarie, alzaron la voz como no lo habían hecho hasta entonces. «¡Mujeres a la calle para defendernos del hambre!» o «¡En nombre de la humanidad, todas las mujeres a la calle!» fueron algunas de las consignas y proclamas que tronaron en los barrios del Raval, la Barceloneta o Sant Martí para extenderse por toda la ciudad.

Pero no solo eran palabras. Miles de mujeres ocupaban los almacenes donde los especuladores mantenían a buen recaudo carbón cuyo precio no dejaba de subir para proceder a su subasta al precio más bajo de los estipulados por la junta de precios.

Pocos retratos tan lúcidos y vibrantes de esa revolución femenina que el libro *Ciudad roja, periodo azul* de la historiadora Temma Kaplan. “La concienciación femenina cuajó con nitidez en los patrones de actuación escogidos por las mujeres de Barcelona”, constata Kaplan, quien recuerda cómo a partir de ese momento el uso del término *vecindaria*, equivalente a camarada, “reflejó la autoconcienciación de las mujeres y el aumento de la solidaridad”.

No hay mejor imagen para ilustrar ese momento de efervescencia y lucha femenina como una de las fotografías incluidas en el amplio especial que, con fecha 19 de enero de 1918, publicó la barcelonesa y muy católica revista *La hormiga de oro* a lo que tituló “El conflicto de las subsistencias”. La instantánea congelaba la manifestación de miles de mujeres que, el 10 de enero, procedentes de la Plaça de Catalunya, las Ramblas y la Plaça Reial, se encaminaban hacia el Pla de Palau para pedir al gobernador que prohibiese toda salida de la provincia de Barcelona de comida y combustible.

Las manifestantes, cientos de trabajadoras y amas de casa con sus hambrientos bebés en brazos, enarbolando pancartas, pasaban junto a la puerta principal de Santa María del Mar. Fue allí, en las oficinas del Gobierno Civil, donde la joven Amàlia Alegre, una de las líderes de las manifestaciones –fue ella, vecina de la calle del Olmo, en el Raval, la que el 10 de enero colgó en la calle un papel en el que convocaba a las mujeres a manifestarse- resumió sus exigencias, como recogería el diario *El Sol* al día siguiente:

“Tenemos hambre, no hay carbón, no podemos vestir ni calzar. Nuestros hijos pasan frío y no tienen la alimentación necesaria. ¿Puede esto seguir así? ... Hoy hemos sido unas cuantas mujeres de la barriada de Atarazanas; mañana será el barrio entero; luego, todas las mujeres de Barcelona; y si no basta y nuestras reclamaciones no son atendidas, propondremos el cierre de las fábricas y acudiremos a pedir solidaridad, no sólo a las mujeres de Barcelona, sino a todos los elementos que integran las Sociedades y cuya vida en las actuales circunstancias es imposible”.

Una escena gloriosa de valor, honestidad y fuerza que

contrastaba con las fotografías de la Guardia Civil y el ejército protegiendo a sable descubierto mercados barceloneses tan emblemáticos como el de la Boqueria -el 27 de enero, el capitán general llamaría a 25.000 soldados de refuerzo para proteger los abastos barceloneses- para evitar el esfuerzo de las mujeres por hacerse con el control sobre la distribución de bienes en la ciudad. En su biografía, *Recuerdos de un cenetista*, el anarcosindicalista Adolfo Bueso diría de ellas: “Fuera por más valor, por inconsciencia, o por confianza en el respeto al sexo, lo cierto era que siempre eran más decididas que los hombres”.

Recreaba en mi mente esos episodios de la ciudad de la Gran Guerra, tan capitales como desconocidos e ignorados por la mayoría de los barceloneses, cuando los diarios de aquellos días de febrero publicaron artículos y columnas de opinión en torno a los fastos conmemorativos de una fecha simbólica. Como en un guiño del destino y el tiempo, coincidiendo con el centenario de la revolución femenina en Barcelona, ésa a la que ningún medio otorgaba un breve, el Reino Unido conmemoraba en esas fechas un centenario muy especial: el reconocimiento, el 6 de febrero de 1918, por parte del Parlamento británico del derecho al voto a las mujeres mayores de 30 años. Nombres, retratos y biografías de mujeres británicas capitales en esa conquista, tales como Emmeline Pankurst o Emily Wilding Davison, ocuparon en informativos y diarios espacios que ponían en valor su lucha y sus conquistas.

Entonces, una idea, mejor dicho, una sensación incómoda y urticante empezó a enraizar en mi mente. Nadie se acordaba de Amàlia Alegre. Ni de Lola Ferré, Amparo Montoliu o Lola Barrios, otras *vecindarias* que, como ella, fueron protagonistas de ese precoz e intenso movimiento femenino (y feminista) que tan honda huella dejó en Barcelona en los primeros compases del siglo XX. ¡No había una sola fotografía de ellas en los diarios y seminarios de la época! Pero, ¿cómo podía ser que los medios de comunicación no hicieran ninguna referencia a las mujeres que marcaron el compás de la ciudad en un momento determinante

como éste? ¿por qué el silencio y la falta de reconocimiento al valor y entrega de esas mujeres era el único tributo que recibían?

Barruntaba sobre esas incógnitas a finales de febrero cuando un inesperado sendero se cruzó en el camino. Una nueva edición del Máster de Periodismo de Viajes de la UAB, en la que imparto como profesor un taller de creación de guías de viaje, estaba a punto de empezar. Recuerdo la tarde en la que en el despacho de Santiago Tejedor, co-director del máster, empezamos a valorar qué enfoque temático le daríamos a uno de los encargos que más interés genera entre los estudiantes del máster: la creación de una miniguía de Barcelona en la que, con libertad creativa, les ofrecemos la oportunidad de zambullirse en los diferentes rostros que brinda una ciudad tan fascinante como Barcelona. Hasta ese momento, con sus trabajos, los estudiantes se habían acercado a la ciudad desde perspectivas muy diversas: desde la mirada de la literatura, sus tradiciones, los mitos, la gastronomía, el arte...

La idea surgió sola, casi de forma intuitiva. Le explicaba a Santiago el silencio que había encontrado en torno a las barcelonesas que alzaron la voz durante la Gran Guerra, cuando ambos llegamos a un mismo destino: por qué no proponer a los estudiantes del máster y también a los estudiantes de grado, en su último curso de carrera de Periodismo, una guía que, más allá de un trabajo universitario y con las mujeres como protagonistas, explicará, con una visión íntegramente femenina, la historia de Barcelona. Y aún más. Que ese esfuerzo de sacar de la desmemoria (cuando no del olvido y el ostracismo) a mujeres apasionantes, precursoras y vanguardia de generaciones posteriores, fuera una inspiración para modelar un relato vibrante de la ciudad.

Ese, desde el principio, fue el espíritu del libro que sostienes en la mano. Acercar una Barcelona de las mujeres. O las mujeres de Barcelona.

El trabajo con los estudiantes se convirtió entonces, desde el principio, en un descubrimiento o un reencuentro con mujeres extraordinarias. Anaïs Napoleón, Raquell Meller, Clotilde Cerdà, Lita Claver, más conocida como La Maña... El abanico de mujeres

escogidas por los estudiantes era heterodoxo y fascinante. Porque, de diferentes épocas –desde el siglo XIX hasta nuestros días- y perfiles sociales y profesionales distintos, esas mujeres modelaron a lo largo de su vida, con su creatividad, su valor y su trabajo, la personalidad de la ciudad tal y como la conocemos.

Y entonces, con las biografías de esas féminas resurgiendo y brillando gracias al trabajo de los estudiantes, en Barcelona, como en el resto del país, la vida se abrió pasó entre el frío del invierno de 2018. El 8 de marzo, el Día Internacional de la Mujer, España vivía la primera huelga feminista, con multitudinarias manifestaciones en las que miles de mujeres salieron a la calle, sin importar su condición social, su edad o su ideología política, para demostrar la diversidad del feminismo. En la Ciudad Condal, más de 600.000 manifestantes colapsaron el corazón de la capital para acabar la marcha en Plaça Catalunya, allí donde las barcelonesas, justo 100 años antes, se concentraban cada mañana para alzar la voz de forma organizada y defendiendo su conciencia femenina.

Era un buen inicio para un nuevo camino.

De haber podido ver las imágenes del 8-M, Amàlia Alegre, feliz, habría esbozado una sonrisa satisfecha.

ÍNDICE

La última noche de Cascabelitos	11
La esmeralda perdida	27
La última reina del Paralelo	41
El rostro (femenino) del modernismo	49
La cantante sin bozal	61
Pionera de la fotografía	73



CAPÍTULO 1

CARMEN BROTO, PROSTITUTA

La última noche de **Cascabelitos**

Dos siluetas masculinas se recortan sobre la fría madrugada de enero. Solo dos hombres en medio de la noche, con el único testigo de la luna llena sobre la ciudad de Barcelona. Emana de ellos un olor rancio a whisky y a tabaco de pipa. El olor de la muerte está cada vez más presente. Entre un maltrecho abrigo, sobresalen un pie y una mano decorada con una alhaja. Esa sería la última vez que sonarían los tintineos de Cascabelitos, cuya vida de excesos y asesinato dejó una huella indeleble en la Barcelona de postguerra.

Una mano huesuda alza un vaso con sus últimas fuerzas. Está cansado de la vida y de él mismo. Mira el líquido ambarino dar vueltas con indiferencia. 'Debería parar', se dice. Era el sexto aquella noche. De reajo, ve el último cigarro consumirse lentamente. El humo asciende hacia el calendario colgado en la pared y le recuerda la cantidad de días que lleva sin resolver un caso. Es 11 de enero de 1949 y su vida parece no tener mucho sentido. El estridente sonido del teléfono es lo único que consigue sacarle de su trance.

—Al habla el inspector Humberto Herrera, ¿diga? —responde con una voz gutural que casi no reconoce.

—Escucha, Humberto... Siento despertarte a estas horas, pero ha ocurrido algo. Acabamos de encontrar un coche, el bolso de Carmen Broto y un rastro de sangre —respondió la voz de su comisario.

—¿Te refieres a Cascabelitos?

— Ven a la oficina ya, pero cagando leches. Hay trabajo por hacer. Y esta vez no vale joderla, Humberto.

Colgó y salió raudo de casa. En sus pensamientos solo está la imagen de Carmen Broto, su querida Cascabelitos. Sus dedos recorriendo su espalda desnuda, surcada de antiguas marcas de guerra. Pero, ¿qué sabía realmente de Carmen? Ni siquiera estaba seguro de su procedencia. En su camino a la jefatura pasa por la calle del Arc del Teatre, en pleno Raval, y es inevitable caminar por allí sin pensar en ella.

—¿Una mamada y me das 10 pesetas?—dice una voz escondida en un portal.

—A lo mejor otro día... Hoy estoy de servicio.

—Buscas a Carmen, ¿no? La Cascabelitos.

—¿La has visto?

—Nadie ve a esa zorra desde hace mucho, pero corre el rumor de que ha desaparecido. Y le está bien empleado con esos humos que se trae. Una debería recordar siempre de dónde viene.

Nada más llegar a la jefatura, Humberto vio un dossier sobre su mesa con toda la información sobre la vida de Carmen en su interior. No podía creer lo que estaba pasando. La vida de una persona cabía en un sobre de papel. Pero tiene poco tiempo para pensar porque le toca correr hacia el coche. Hay nueva información.

La escena del crimen

El inspector aparcó junto a un descampado. La escena que se encontró ante sus ojos era grotesca. Partes de la carrocería de un coche están abolladas y repletas de sangre. Todo está teñido de rojo: los asientos y el capó. La hierba de alrededor parece haber cedido ante el peso de algo, pero encima solo hay un charco enorme de sangre con...

—Sí, son sesos. Al parecer le han reventado la cabeza con algo porque hay restos de cerebro por todas partes. Joder, si no está muerta, poco le falta ya. Hostia, Humberto, ¿y esa cara?

—La conozco.

—¿A la puta?—, responde el inspector pasmado.

—Sí, a la puta. Pero es mucho más que eso.

Carmen Broto es mucho más que una puta. Es el sinónimo del lujo y de una vida creada a su propia medida. Una vida creada a base de teatro para conseguir todo aquello que quería: dinero y joyas. Una vida tan bien conseguida que a Humberto le costaba comprender cómo la había logrado. Recordó entonces cuando era un joven oficial y la encontró en la calle, vendiendo su cuerpo de manera ilegal. Estuvo a punto de arrestarla aquel día, pero sus bonitos ojos suplicantes hicieron que se apiadase de ella y la enviase a buscar trabajo en uno de los burdeles de las Ramblas. Con su desparpajo, no tardó mucho en conseguir un puesto.

Todavía atónito por la situación, Humberto volvió hacia el coche. No podía creer lo ocurrido. De pronto observó sobre el asiento del copiloto como sobresalía una fotografía del dossier con la información de Carmen. Su Carmen.

— ¿Quién ha podido hacerte algo así? Con esa cara inocente pero siempre provocativa. Los labios pintados de rojo carmín y esas perfectas ondas rubias que adornaban tu melena — rumió. Rápidamente, el comisario interrumpió sus pensamientos subiéndose al coche y sentándose sobre la carpeta.

—¡Qué callado te lo tenías! No sabía que conocías a la puta de toda la oficina— dijo de forma burlona y dándole un codazo.

Humberto prefirió no hablar. Creyó que el silencio era el mejor tributo, en ese momento, para Carmen.

Empieza la investigación

Pronto pusieron rumbo al que constaba como su primer domicilio, el número 3 de la Calle Muntaner. El inspector recordó que en aquel edificio, cerca del burdel en el que empezó a florecer su carrera como prostituta profesional, vivía una viuda a la que Carmen había cogido

cariño y que quizás podría ayudarles a reconstruir su pasado. Siendo las horas que eran, la mujer tardó en abrir sus puertas. Pero cuando vio a los oficiales pareció saber exactamente el motivo de su visita.

—Pasen pasen, ya me he enterado de la noticia— dijo con voz entrecortada. —Mi pobre Carmencita... ¿Cómo ha podido acabar así? La pobre muchacha, que vino desde un pueblecito de Huesca, allí donde Cristo perdió la alpargata. Yo le dije, buenos hombres, que aguantara en su trabajo fregando suelos, pero ella... ¡ay! no quiso escucharme. Pero el dinero no era suficiente y así entró en esa mala vida... que miren donde la ha llevado... ¡seguramente a la tumba!

Humberto tomó el control de la conversación y dándose cuenta de que la mujer sabe muchas cosas del pasado de Carmen, intentó sonsacarle más información.

—Entonces, usted cree que su estilo de vida tiene algo que ver en su ... ¿desaparición?

—Ay, muchacho, ¿qué si no? Ese amigo suyo, ese tal Juan, la metió en un mundo al que no pertenecía. Todos sabemos cómo acaba esto. Puede que esté desaparecida, pero me temo que ya no está en este mundo.

Humberto y el comisario salieron de allí. Tenían las suficientes pistas para seguir el caso. Las palabras de la mujer les llevaban a seguir un nuevo rastro. En su afán por rodearse de lujo, Carmen se había rodeado de hombres de la alta sociedad barcelonesa y, como bien sabía Humberto, varios de ellos eran sus protectores. En ese ámbito fue donde ella conoció al reconocido Juan Martínez Penas, el único conocido de Carmen que se acercaba a la descripción de la viuda. Él y Carmen solían pasearse por cada acto público, fiesta y cena, codeándose con la alta sociedad local. Juan era el dueño del Teatro Tívoli, justo a dónde se dirigieron para interrogarle.

Humberto conocía algunos de los secretos más oscuros de Juan. Secretos que su querida Carmen le había contado en la intimidad, después de que sus cuerpos se revolcaran sobre las blancas sábanas y se acariciaran mutuamente hasta la saciedad.

Cada vez que se encontraban, ella le hablaba sobre lo que le ocurría los días que habían estado separados. Siempre que hablaba de Juan lo hacía con cierto afecto, pero no con deseo. Y es que el otro pobre hombre ni siquiera la había tocado. El humilde inspector Humberto Herrera lo sabía todo. Gracias a Carmen conocía los secretos más íntimos de muchos de los hombres pudientes de esa Barcelona. Y así sabía que Juan era homosexual y que su idílico romance con Carmen Broto le servía de tapadera para seguir siendo parte de las altas esferas.

Llegaron al Teatro Tívoli. Eran altas horas de la madrugada. El comisario salió del coche mientras Humberto siguió perdido en sus pensamientos. No podía dejar de pensar en ella. El golpe de unos nudillos sobre la ventanilla le sacó del trance y siguió a su superior. En la entrada del famoso teatro había un joven que se apresuró rápidamente hacia ellos. Antes de que puedan gesticular, el chico les dio la información que necesitaban.

—El señor Juan no se encuentra aquí. Si desean reunirse con él deberán acercarse a la Casa Llibre. La fiesta debe estar a punto de acabar.

El hecho de que el muchacho supiera a quién estaban buscando les inquietó. Parecía como si toda la ciudad fuera partícipe de lo ocurrido.

Ambos policías se apresuraron a subir de nuevo al coche. A pocas manzanas llegaron frente al edificio donde se encontraba Juan Martínez Penas. Casa Llibre era el lugar de bandera donde se celebran fiestas y reuniones de la alta burguesía catalana. Humberto recordó que allí fue donde Cascabelitos conoció a Julio Muñoz-Ramonet, propietario de los famosos almacenes El Àguila. Julio se convirtió pronto en otro de sus amantes, aunque estuviera casado con Carmen Vilallonga. Fueron amantes durante muchos años. Una desgracia para Humberto, tener que compartirla con él y con todos. Sin embargo, algo bueno había salido de la relación de Broto con ese hombre, pues él es quien pagó el piso de Gràcia, en la Calle Sant Antoni i Maria Claret, donde se encuentra su actual vivienda. Humberto ha pasado largas noches allí. Se trata

de un lugar mucho más tranquilo que el anterior. Allí se ve con los muchos otros amigos íntimos que tiene, para tomar una copa tras otra, algo a lo que es muy aficionada. «¿Seguiría Cascabelitos prostituyéndose en su nuevo domicilio?» Humberto teme no poder llegar a conocer nunca la respuesta a esa pregunta que no se ha atrevido a hacer.

Una vez en Casa Libre no les costó encontrar a su objetivo. Juan estaba atrincherado en uno de los sillones de terciopelo rojo, fumando un puro habano y charlando con varias mujeres y hombres elegantemente vestidos. Se escuchaba música y el humo invadía la sala. Los policías desentonaban claramente en ese ambiente. Todos los ojos se posaron sobre ellos.

—¿Ocurre algo, agentes?— preguntó Juan.

—Sabemos que conoce a Carmen Broto. No podemos desvelar nada, pero hemos encontrado algunos de sus objetos personales junto a un coche abandonado cerca de la Calle Legalidad. Ella no aparece.

—No puede ser —susurró Juan con voz entrecortada. He estado con ella hace poco. Fuimos al Cine Metropól, ya saben, solemos ir juntos de vez en cuando. Carmen se empeñó en asistir a la última sesión de la proyección *Almas en suplicio*.

Humberto esperó que el título de esa película, sobre crímenes pasionales, no fuera un horrible augurio de lo sucedido durante la noche.

—¿Y qué han hecho después de salir de la sala?—preguntó.

—Nos hemos separado —respondió Juan mientras lo miraba con evidente pesadumbre. En la puerta me encontré con unos amigos y nos hemos parado a hablar. Solo han sido unos pocos minutos, pero cuando me he dado cuenta, Carmen no estaba allí. No le he dado importancia, ya saben cómo es ella... Lleva una agitada vida social. He pensado que se habría reunido con otro de sus... amigos.

—Está bien. No se aleje de la ciudad. Necesitamos tenerle disponible y cualquier información que tenga no dude en hacérsola llegar— dijo el comisario.

—Sí. ¡Debemos ir cuanto antes al Cine Metropol y comprobar si alguien ha visto algo!— proclamó Humberto, cada vez más nervioso.

Cuando llegaron al Metropol las calles de Barcelona ya empezaban a estar pobladas de trabajadores que empezaban su jornada laboral. Un hombre les está esperando frente a la entrada, recostado en un árbol y fumando un cigarrillo. Humberto y el comisario se acercaron a él. El hombre tiró la colilla y les escrutó.

—Uno de sus agentes se ha acercado antes de que acabase mi turno. Me ha pedido que esperase un poco antes, hasta que vinieran ustedes. La verdad es que vi poca cosa. La muchacha rubia se subió a un coche mientras el viejo hablaba con algunos otros tipos. Me fijé porque casi se le cae el bolso cuando estaba subiendo. Creo que dentro iban el conductor y otra persona más. Pero eso es todo lo que recuerdo.

—¿Recuerda cómo era el coche? —inquirió el comisario.

Los ojos del trabajador del cine parecieron iluminarse. —¡Oh sí! Era un Ford. Me fijé porque era el mismo modelo que el de mi cuñado. Y ahora que lo recuerdo... Al principio pensé que el conductor era él. Era un joven moreno bien parecido. Más o menos de la edad de la chica. Pero no era mi cuñado, agentes, de eso estoy seguro.

Los dos agentes se miraron. Era el coche de la escena del crimen. Humberto pensó también que Carmen seguramente conocía a los que estaban en el coche. Puede que fuera un poco ligera de cascos, pero no era tonta. Así que allí estaban, en el Cine Metropol, con más pistas que nunca. Alguien a quien Carmen conocía la recogió aquella noche, en el Ford que luego quedó abandonado a altas horas de la noche, ensangrentado y con las pertenencias de la joven prostituta. Alguien de confianza. Alguien con quien seguramente se había acostado.

La mente analítica del inspector empezó a recordar nombres y rostros. Sabía que tenía casi todas las piezas del puzzle. Él es un buen inspector, aunque estaba pasando por una mala racha. La Brigada de Investigación Criminal del Cuerpo General de Policía

era su vida. Y quería llegar al fondo del asunto y descubrir qué le había pasado a su amante.

La conocía bien. Sabía que una noche de juerga no acababa en el cine. No para Carmen. Le encantaba beber. Le encantaba coquetear. Ser vista. Ser admirada. Que todos cayeran rendidos a sus pies. Y uno de sus lugares predilectos para ello era el Bar Alaska, cerca de su casa. Así que Humberto decidió que era hora de pasarse por allí. El bar era, además, territorio de la policía. Si Cascabelitos había estado allí, seguro que alguno de los agentes podría haberla visto. Y también a sus acompañantes. Todos se conocen. Pronto tendrán nombres. Y una respuesta.

—Jefe, creo que sé dónde pudieron haber ido después.

El comisario miró a Humberto. Pese al tiempo que lleva sin resolver nada, era uno de los inspectores con mejor instinto. Confiaba en él.

—¿Y bien? ¿A qué esperas? Ya estamos perdiendo el tiempo.

El nombre del sospechoso

Humberto apagó el coche y salió de él. El comisario le siguió. Allí estaba. El Bar Alaska. Al cruzar sus puertas el silencio los envolvió como un sudario. Los pocos habituales que quedaban allí permanecieron sentados frente a la barra, bebiendo tristemente sus carajillos. El hombre al otro lado de la barra alzó la vista. Era Rodrigo, su amigo y camarero del bar.

—Humberto, buenos días.

—Buenos días, Rodrigo.

—¿Ha aparecido ya la chica? Me llegaron las noticias, amigos míos. Pobre Carmen...

—Todavía no. ¿Viste alguna cosa esta noche?

—Estuvo horas y horas, como siempre. Vino con el joven Jesús y uno de sus amigos, Jaime creo que se llama. No pararon de beber y beber. Bueno, ya sabes, tiene mucho aguante, pero cuando se fueron... Tuvieron que llevarla entre los dos. Era casi la hora de cerrar.

Pero el nombre es lo único que Humberto escucha. «Jesús».

¡Mierda!. Sólo puede ser Jesús Navarro. El chico bonito. Ya tiene el nombre que buscaba. Como siempre, este es el lugar para buscar respuestas. Humberto todavía recuerda cuando Cascabelitos llegó ilusionada una noche, hablando de otro hombre. Un joven apuesto del que se quedó rápidamente prendada. Fue en este mismo bar donde lo conoció. Carmen Broto y él empezaron como amigos que salían a divertirse de vez en cuando. Jesús Navarro acabó sintiendo mucho cariño, como lo hacían todos, hacia Cascabelitos.

—Comisario, creo que ha llegado el momento de separarnos. Déjeme tomar el control, tengo que resolver este caso— dijo Humberto apresurado.

—Yo voy hacia la oficina y daré la orden de arresto de buscar a Jesús Navarro. ¡Lo quiero ya! Y haré buscar toda la información referente a él, a su familia... ¡Quiero saberlo todo! Vamos a pillar a ese malnacido— vomitó el comisario.

—Humberto, acabo de recordar algo —dejó caer Rodrigo. Dijeron que tomarían el último trago en un bar cercano de aquí, en la plaza de la Sagrada Familia... ¡El bar Isern, eso es!— exclama el camarero.

—Pues no hay tiempo que perder, comisario, llévese usted el coche y mándeme un coche a la Sagrada Familia cuando pueda. Yo iré hasta allí andando.

Ahí estaban la monumental Sagrada Familia y Humberto. Desolado. Sin saber nada de Cascabelitos. El Bar Isern, cerrado. Desesperado, ya no sabía qué hacer, dónde buscar. Ella tenía que estar en algún lado. De repente, llegó un coche con uno de sus compañeros, Mateo.

—Humberto, sube al coche. Ha entrado una llamada a la oficina. Por lo visto un vigilante de seguridad del Hospital Clínico vio a una muchacha desvanecida en el suelo con dos supuestos médicos que la subían al coche. Le dijeron que no pasaba nada, pero llamó a la policía. ¡Es ella, Humberto! La descripción encaja a la perfección con Carmen— le dijo Mateo.

—Vamos Mateo no tenemos tiempo que perder— contestó Humberto mientras se subía rápidamente al coche.

—¿El comisario ha averiguado algo sobre Jesús Navarro?

— Sí, Humberto. Se dirigen hacia la casa del padre. ¡Menudo perla! Está fichado por la policía desde hace tiempo. Lo conocen como El Espadista. Es una máquina abriendo puertas y cajas fuertes con llaves falsas. No te extrañe que el hijo sea igual. También han localizado a la novia de toda la vida de Jesús, Pepita Esteve. Le han pinchado el teléfono. Por cierto, el amigo es Jaime Viñas. ¡Tranquilo, hombre! Sé lo importante que es Carmen para ti, la encontraremos.

Cuando llegaron al Clínico, Humberto casi se bajó casi en marcha del coche para interrogar al vigilante, que ya les esperaba. Le podía la desesperación.

—Buenos días. Dígame todo lo que vio anoche.

—Pues verá, yo estaba dentro de mi caseta de vigilancia y de repente escuché los ruidos de unos jóvenes. Estoy bastante acostumbrado. Así que lo ignoré, pero los gritos de una mujer y un fuerte porrazo me hicieron dudar, así que me asomé.

—¿Y la viste? ¿Viste a Cascabelitos? Viste a una mujer rubia, muy guapa, muy joven... — preguntó Humberto.

—Sí, estaba en el suelo. Iba acompañada de dos hombres. Me ofrecí a ayudarles, pero me dijeron que eran médicos y que se la llevarían a casa. Tenía sangre en la cabeza, se ve que se había caído porque estaba muy borracha.

—¿Médicos? Serán hijos de puta. Seguro que la golpearon ellos. Ella era lo suficientemente lista como para saber beber sin pasarse de rosca. Algo querían de Carmen.

De pronto, llegó otro coche con el comisario. Tenía noticias frescas.

—Está herida jefe. Carmen está herida. El vigilante del hospital dice que la vio con un golpe en la cabeza y los otros dos sinvergüenzas se la llevaron en el coche— dijo atropelladamente Humberto.

—Cálmate, Humberto. Venimos de casa de Jesús Navarro, el padre.

—¿Y qué? ¿Estaba allí, verdad? Esos cabrones la tenían escondida. ¿Dónde está Carmen? —pregunta Humberto, ya

desesperado y suplicando por una respuesta positiva.

—A ver... La cosa pinta mal. Jesús Navarro padre se ha suicidado. Lo hemos encontrado en el 246 de la Calle Industria. Se ha tomado un vaso de cianuro. Humberto debes prepararte para lo peor. Al parecer tenían un plan: en la casa había fotografías de Carmen, de sus joyas, de sus amantes. Habían fotos tuyas. La tenían controlada y te tenían controlado también a ti. Planeaban saquear las joyas a sabiendas de que el plan podría no funcionar. Y de hecho así ha sido, algo no ha debido salir como esperaban. Viñas también ha sido encontrado igual. Menudo final.

—¿Pero... y dónde está Cascabelitos? ¿Qué está pasando? ¿Y Jesús?— Humberto empezó a enloquecer.

—Sabemos que Jesús en compañía de Viñas, tras herir a Carmen Broto, pasó por la casa del padre para cambiarse de ropa. Jesús Navarro está en busca y captura, pronto sabremos algo de él. Tenemos que volver dónde estaba el coche. El padre tiene una propiedad justo en la Calle Legalidad, un pequeño huerto. Las llaves estaban dentro un pantalón ensangrentado.

—¿Qué hacemos aquí entonces!?—, dijo Humberto mientras corría hacia el coche.

La despedida

Quizás esa fue la mañana más triste de Barcelona, la mañana más triste de Humberto. Una noche clara que ha amanecido gris. En el coche de camino a la Calle Legalidad Humberto empezó a hacerse a la idea de lo que iba a encontrar allí. Hacía pocas horas que había estado allí, delante de aquel coche. Pensó, «¿cómo había podido estar tan cerca de ella sin hacer nada?». El coche seguía ahí y la zona acordonada. No faltaban curiosos para un escándalo que ya se comentaba por toda la ciudad.

—Humberto, es hora de entrar al huerto. Si quieres, puedes quedarte aquí. No es necesario que pases por esto, sé lo importante que era esa muchacha para ti— le dijo el comisario.

Pronto encontraron la muerte de frente, cara a cara. Solo tuvieron que escarbar un poco la húmeda tierra del huerto,

recientemente removida, para encontrarla. Entre un maltrecho abrigo, su abrigo, el abrigo de visión que presumía por las calles de Barcelona del brazo de uno y otro, sobresalía una mano. Una mano que ya no tenía más que un único anillo. El que Humberto le había regalado.

Humberto, derrumbado, rompió a llorar. No pudo contenerse. Había tenido la esperanza de encontrarla, quizás maltrecha, pero alegre de ser rescatada. Pero no había sido así. Sabía que el comisario y todos los agentes de la ciudad estaban buscando al culpable. Un crimen tan mal ejecutado es imposible que quedara impune.

—¡Lo tenemos!—, exclamó de repente el comisario cuando un agente que llegó a la carrera le susurró algo al oído. Hemos cogido a Jesús Navarro en la Rambla Santa Mónica. Le pinchamos el teléfono y planeó reunirse allí con Pepita, su novia, para huir a Mallorca. Se lo llevan a La Modelo.

—Jesús Navarro ha sido encontrado con joyas valoradas en 120.000 pesetas. Ha echado la culpa a los muertos. A sabiendas de que no van a poder defenderse desde el más allá— añadió Mateo, su amigo, pasando un brazo por el inspector. Lo tenemos, Humberto. Y vamos a enterrarlo entre cuatro paredes, como él ha hecho con Carmen en este lugar.

Pero Humberto necesitaba algo más. Necesitaba un cierre definitivo para el que había sido el caso más complicado de su vida. Y sabía que solamente una persona podía darle esa respuesta: el asesino de Cascabelitos. En compañía de Mateo se dirigió a la cárcel La Modelo, donde Jesús Navarro estaba detenido y a la espera del juicio. Varios agentes lo habían interrogado y éste había confesado detalladamente el crimen. Pero los detalles no le importaban a Humberto. Lo que él necesita oír de su boca era el porqué.

Dos guardias lo acompañaron a la celda. A través de los barrotes, Humberto fijó su mirada en los ojos del criminal.

—¿Por qué la mataste?

El joven suspiró y bajó la vista a sus propias manos.

—Carmen era radiante. Todo en ella deslumbraba: su risa, la que usaba para captar la atención de toda la gente que la rodeaba; su bonito pelo rubio y sus labios color carmín y el brillo tintineante de las joyas que tanto le encantaba ostentar... Quizás fue ese brillo el que me cegó.

El inspector no contestó a sus palabras. Sin poder soportar seguir allí, mirando al hombre que tanto le había arrebatado, salió del pasillo y se dirigió a las puertas de la prisión. Él podía salir. Pero Jesús Navarro no. Por desgracia, eso tendría que ser suficiente.

Desolado, Humberto volvió al Bar Alaska, aquel lugar en el que tantas veces había estado con ella. Mirara donde mirara tan solo veía a Carmen. Una vez más se encontraba frente a una copa de whisky, solo, cansado de la vida y de él mismo. De pronto, se oyó el ruido de la puerta del bar. Pero ya no se oían sus tintineos al entrar. Carmen no estaba. No volvería. Y con un último trago de alcohol se despidió de ella.

Tabla:

1. **El Raval y Las Ramblas:** También conocido como el Barrio Chino, el Raval concentraba una gran cantidad de prostíbulos y locales de alterne. Las Ramblas eran otro de los grandes focos de prostitución barcelonesa en la época de Broto.
2. **Calle Muntaner, nº 3:** la primera vivienda donde Carmen Broto se independizó en Barcelona y empezó a ejercer la prostitución.
3. **Teatro Tívoli:** Aquí conoció a Juan Martínez Penas, uno de sus protectores y amantes con el que fue visto poco antes de ser asesinada. (C/Casp nº 8).
4. **Casa Llibre:** su emplazamiento lo ocupa desde 1952 el Hotel Avenida Palace . (Gran Vía de les Corts Catalanes nº 605). . Lugar donde conoció a otro de sus amantes. Se solían celebrar fiestas y reuniones de la alta burguesía catalana
5. **Cine Metropol:** Situado en Roger de Llúria, nº 115, era uno de los cines más emblemáticos de la Barcelona de aquella

época. Lugar que solía frecuentar Cascabelitos con sus amantes.

6. **Bar Alaska:** Ubicado en la calle Sant Antoni i Maria Claret, nº, 20, fue el lugar donde conoció al que sería su asesino.
7. **Bar Isern:** Bar donde fueron a tomar unas copas la fatídica noche del asesinato de Broto. (Plaça Sagrada Família, 5).
8. **Hospital Clínic:** Aquí es donde golpearon a Cascabelitos hasta dejarla inconsciente (C/Roselló número 145).
9. **Cárcel La Modelo:** Una vez detenido Jesús Navarro, el asesino de Cascabelitos, pasó diez años en la mítica cárcel de Barcelona.

Bibliografía:

AMIGUET, T., (2014): El crimen de Carmen Broto: sexo, poder y muerte [en línea]. La Vanguardia, [Fecha de consulta: 29/04/2018]. (<http://www.lavanguardia.com/hemeroteca/20140111/54397843892/carmen-broto-crimenes-asesinatos-prostitucion-barcelona-posguerra-calle-legalitat.html>)

Ayuntamiento de Barcelona. (<http://ajuntament.barcelona.cat/ca/>)

DE ANDRES CREUS, L. (2010): El preu de la fam. Lèstraperlo a la Catalunya de la postguerra. Badalona: Ara LLibres. 272 páginas.

GUIXÁ, J., Y TRALLERO, M. (2005): La invención de Carmen Broto, Barcelona: Borealia. 478 páginas.

RODRÍGUEZ, A., (2017): El caso: El Crimen de Carmen Broto, Barcelona: Avant Editorial. 215 páginas.

SÁNCHEZ BARBA, F., (2006): Brumas del franquismo. El auge del cine negro español (1950-1965). UB. 582 páginas.

Autoras: Judit Gabaldón, Andrea Gamo, Alejandra Fernández, Melania Mateos, Natalia Sánchez, Natàlia Sarrión.



CAPÍTULO 2

CLOTILDE CERDÀ, ARPISTA Y ACTIVISTA

La esmeralda perdida

Activista social, feminista y anti esclavista. Así fue Clotilde Cerdà (1861-1926), la niña prodigio. Con su nombre artístico, Esmeralda Cervantes, recorrió el mundo tocando su arpa y luchando por un mundo más digno para las mujeres y para todos aquellos que estaban al margen de la sociedad.

La sala principal del Teatro Imperial de Viena está atestada de curiosos. Más de 1.300 personas ovacionan de pie a la pequeña artista catalana que, sentada en un banco de madera, no llega a tocar el suelo con sus diminutos pies. El arpa, a pesar de doblarla en tamaño, parece ser durante su primera actuación en público una extensión de su cuerpo. Los espectadores son destacadas personalidades del ambiente cultural europeo que participan durante estos días de abril de 1873 de la Exposición Universal. Entre ellos, por ejemplo, el afamado escritor francés Víctor Hugo. Ella, sonrojada por tan efusiva muestra de cariño de la exigente concurrencia, agradece el recibimiento con un suave ademán. Tan sólo tiene 12 años y un futuro más que promisorio en el mundo de la música. ¿Su nombre? Clotilde Cerdà, una niña prodigio que con el tiempo se convertirá además en una importante activista social, feminista y anti esclavista.

La niña con dos nombres

«El genio, en el contexto del siglo XIX, tiene género. (...) Se convirtió en la forma distintiva de fortaleza mental masculino. (...) La creación femenina era tildada de pseudo creación». Así se expresa Isabel Segura, historiadora y autora del libro *Els viatges de Clotilde*. La pequeña Cerdà era un genio. El mismísimo Richard Wagner lo aseguró. Eran años de marcadas diferencias sociales: los teatros y óperas estaban dedicados a una sociedad burguesa que le facilitaba las cosas solo a quienes cumplían con sus normas. Un mundo cuyos estereotipos condicionaban el futuro de cada persona. Clotilde pudo haberse conformado con nacer en un entorno acomodado, pero decidió recorrer el camino menos transitado: luchar por los marginados y ser, no una dama, sino una mujer. Mujer y genio.

En buena medida, su genialidad late en su pseudónimo: Esmeralda Cervantes. Clotilde tuvo un primer concierto glorioso. Su música era más que buena técnica, sus notas apelaron a las emociones del escritor Víctor Hugo, quién le cedió el nombre de la heroína de una de sus obras: Esmeralda. El rey Alfonso XII fue quien le proporcionó el apellido Cervantes en honor del novelista español, pese a que algunas fuentes aseguran que fue la reina Isabel II -el monarca rondaba los 16 años- la verdadera artífice de ese bautismo. Isabel II tenía cierta cercanía con la futura activista. La madre de Clotilde, Clotilde Bosch, era, además de pintora, su dama de honor. Una madre que incentivaría, con sus decisiones, precisamente, el futuro activismo de su hija.

Proveniente de una familia de clase media alta, Clotilde estudió música en Roma, París y Viena. Su padre, el arquitecto Ildefons Cerdà y Súñer, fue un hombre polifacético y célebre por ser el padre del Eixample de Barcelona. Ingeniero, jurista, economista, político y urbanista, Cerdà era un hombre de poder y renombre que protagonizaría la eclosión urbanística de Barcelona. Su papel como urbanista comenzó en 1855, cuando empezó a trabajar en los planos del barrio Eixample de Barcelona.

Clotilde fue la última de cuatro hermanas y la única del fruto de una relación adúltera de la esposa del arquitecto. Idelfonso

Cerdà no era su padre biológico, pero la reconoció y le dio su apellido. Aun así, los problemas en el matrimonio supondrían para Clotilde y a su madre el abandono del calor familiar y el obligado traslado a Madrid y luego a Roma. A su llegada a la ciudad imperial, Clotilde empezó con clases de pintura pero su madre descubrió pronto que su verdadero talento era musical. Fue así como comenzó a tomar contacto con el arpa, uno de los instrumentos más difíciles de interpretar, al tomar sus primeras clases a los cuatro años de edad. En esos años se forjó la especial y profunda conexión con su madre, quien también fue su guía y mentora en su carrera musical.

Libertad, igualdad y fraternidad

Clotilde tenía siete inocentes años cuando España afrontaba, en 1868, una gran revolución, la conocida como la Gloriosa. La reina Isabel II fue destronada y exiliada. En plena conmoción nacional, Clotilde Bosch tomó la mano de su pequeña y huyó durante unos años a Francia, concretamente, a París. Pero Clotilde no podía huir del siglo XIX, una época de transiciones sociales en toda Europa. París se convirtió muy pronto en un campo de batalla. En 1871, la capital francesa acogió la Comuna que proclamaría un gobierno republicano y popular. Según Segura, Clotilde Bosch, atenta a los reclamos de sus vecinos, escribió al rey una serie de peticiones, algunas tan “descabelladas” como el derecho de los trabajadores a una jubilación digna: «(...) después de 20 años de trabajos activos, el trabajador tendrá derecho a una parte proporcional del sueldo que gana».

Las voces en defensa a la dignificación de la mujer se multiplicaron por Europa, siendo la Masonería una de las más notables. Clotilde Cerdà y Bosch era masona. Libertad, igualdad y fraternidad, uno de los lemas más populares por la fraternidad y espíritu de la Revolución Francesa, fue pronto enarbolado por Clotilde. Ya de adulta, inspirada por su voluntad de aproximar a los más desfavorecidos la libertad y la iluminación del conocimiento, Cerdà fundaría la Academia de Ciencias, Artes y Oficios para la

Mujer con toda la intención de transmitir conocimientos a un sector que debía limitarse a las tareas del hogar.

No fueron pocas las muestras del trabajo masónico de la arpista. Por ejemplo, en 1877, una logia masónica de México, agradeció por carta a Clotilde su intervención crucial en la liberación de la pena de muerte de uno de sus miembros: *«Los Masones del Rito Escocés Antiguo y aceptado que profesamos como uno de nuestros más grandes principios la abolición de la pena de muerte, tenemos la honra de ofrecer a la señorita Esmeralda Cervantes gloria del arte y de la caridad, una medalla de oro, para ella troquelada por haber solicitado y obtenido el indulto del reo José M. Tellez condenado a muerte»*.

En el año 1881 Clotilde, con el nombre simbólico de Esther e invitada por Aurea Clavé, logró formar parte de la primera logia masónica para mujeres de Cataluña. En aquel periodo (1879-1885), el movimiento de emancipación femenina logró un mayor impulso y fuerza en Barcelona. Esther, la Clotilde masona, alcanzó el segundo grado masónico en 1881 y el tercero en 1885 en la Logia de Adopción Lealtad, ubicada en la barcelonesa calle de Avinyó. A la misma logia pertenecía Áurea Rosa Clavé, la hija del célebre músico Anselmo Clavé, quienes eran además vecinos de Esmeralda en la Plaza de Medinaceli donde la arpista había nacido. Áurea, sinónimo de luz -¡un nombre idóneo para una masona!- se inició el mismo año que Esmeralda y usaba el nombre simbólico de Mariana Pineda.

Clotilde y Esmeralda, una dualidad que, a modo de metáfora, representa la capacidad de la arpista para moverse en diferentes mundos y codearse con sectores sociales en ocasiones antagónicos. Su masonería y voz reivindicativa resultó un insulto para muchos. Así lo descubrimos en una publicación del periódico La Vanguardia, en 1881, sobre un acontecimiento en Córdoba (Bolivia):

«El domingo, con motivo de haber tocado Esmeralda Cervantes en la conferencia masónica, fue obsequiada con un valioso ramo. Esmeralda, que como es sabido presta su concurso desinteresado

a toda sociedad benéfica sin distinción alguna, acostumbra allí donde no tiene relaciones enviar las flores a la Iglesia, porque a pesar de pertenecer a la masonería, es católica. Envío en consecuencia el ramo, pero el señor Pérez Millán, cura de aquella parroquia, lo hizo pedazos arrojándolo a la calle. El proceder es indigno del sacerdote, que debe ser todo mansedumbre, y de un caballero, que debe ser todo cultura.

Abriendo horizontes

Clotilde madre llevó a su hija de la mano a recorrer primero Europa y, más tarde, el continente americano. Su talento musical se convirtió también en un portal para recorrer mundos que, si a día de hoy eran totalmente diferentes, cuánto más lo serían en pleno siglo XIX. La mente compleja de nuestra activista se construiría con unas influencias que comenzaron desde muy temprano. Con tan sólo 14 años, Clotilde fue invitada por el Liceo de Barcelona a ocupar el cargo de profesora honoraria de música. A partir de ahí, Esmeralda Cervantes comenzó una gira que conquistó grandes personalidades al otro lado del charco: conmovió con sus notas al Teatro Colón, de Buenos Aires. En Brasil, el emperador Dom Pedro II la nombró arpista de su Cámara Imperial. En Uruguay, la arpista fue coronada como la “hija adoptiva de la República”. Su gira llegó hasta Filadelfia (EEUU), en un momento tan significativo como la conmemoración de la Declaración de la Independencia. *«Sólo el genio puede hacer brotar del arpa moderna, acordes que hagan vibrar los corazones a unísono del sentimiento y de la idea»*, afirmó de ella Bartolomé Mitre, en Argentina, en octubre de 1875.

La joven Esmeralda gozaba de un reconocimiento internacional que aumentaba exponencialmente. El espíritu humanista de la arpista crecía con cada sello de pasaporte. En 1877, la arpista había recaudado ayudas para los heridos de guerra de Cuba durante 28 conciertos por las Antillas. Pero esas donaciones no eran ni mucho menos un caso aislado sino su principal objetivo. Por algo, las crónicas de ese tiempo la llamaban el “Ángel de la Claridad”.

Tras cuatro intensos años recorriendo América de punta a punta, Clotilde llegó de nuevo a Roma, ya con 18 años. Tras deleitar a su público en la capital italiana, el pianista Franz Liszt afirmó: «¡Es la primera vez que siento el arpa!».

Antiesclavista del siglo XIX

La actual Plaça Catalunya es un lugar de paso para llegar a diversos puntos importantes de la Ciudad Condal, como las Ramblas o el Eixample de Ildefonso Cerdà. A su alrededor, tiendas de ropas, bancos, restaurantes, cafés. La plaza más famosa de la capital catalana es espacio de paseo, de ocio, de descanso. Además, su historia muestra que fue y sigue siéndolo un espacio secular de todo tipo de manifestaciones, el ágora donde la sociedad barcelonesa entona su voz para expresar sus ideas y posicionamientos. Eso es lo que sucedió, precisamente, en 1872, con la gran manifestación abolicionista que tuvo como epicentro la Plaça Catalunya.

En la España de finales del siglo XIX, uno de los negocios más lucrativos seguía siendo la trata de esclavos. En el país, la prohibición de este tipo de comercio ha tenido un lento camino. En 1814, Inglaterra suscribió a España, por medio de tratados bilaterales, para terminar con la esclavitud. Gracias a las presiones del gobierno británico, el rey Fernando VII abolió la compra de esclavos. Sin embargo, tan solamente en 1837 el comercio de esclavos fue oficialmente prohibido en España, pero siguió existiendo hasta 1870.

España vivía un momento de división de opiniones. Por un lado, los grandes terratenientes se oponían al abolicionismo, mientras que, por otro, los grupos defensores de la libertad de los esclavos aumentaban a la par en el país. Este fue el momento en el que surgieron las Ligas Nacionales, creadas en las distintas provincias del país en contra de la abolición. En contrapunto, ciudades como Madrid, Barcelona y Córdoba presenciaron movilizaciones en favor del fin de la esclavitud.

El domingo 21 de diciembre de 1872 amaneció diferente. La Plaza Catalunya estaba llena de gente, hombres y mujeres, famosos

y personas anónimas. Juntos, unieron sus voces para luchar por una misma causa: el fin de la esclavitud. En medio de tantas voces, la de Clotilde Cerdà estaba presente y se unía al coro de la lucha antiesclavista. El grupo en cortejo y acompañado de una banda recorrió las Ramblas en dirección al Hotel Cuatro Naciones. En el hotel más antiguo de Barcelona, residía el cónsul de EE.UU., país que hacía poco había logrado la abolición de la esclavitud. Delante del hotel, los manifestantes daban vivas a los Estados Unidos por su conquista.

Durante su viaje a Cuba, la arpista pudo conocer de cerca los estragos de la colonización española. Defensora de los derechos de las minorías y de los oprimidos, luchó con aún más fuerzas en contra de las causas esclavistas. Parte de sus donaciones se destinaron a organizaciones que trabajaban en contra del sistema esclavista.

A principios de 2018 surgió una propuesta en la plataforma *change.org* para cambiar el nombre de una plaza llamada “Antonio López” por el de “Clotilde Cerdà”. El día 4 de marzo, finalmente, el Ayuntamiento de Barcelona retiró la estatua del primer marqués de Comillas, Antonio López, por ser “esclavista”. El nombre de Clotilde se postuló para dar nombre a la plaza, pero fue el del joven Idrissa Diallo -un inmigrante guineano fallecido en un hospital de Barcelona tras ser detenido en un Centro de Internamiento de Extranjeros- quien obtuvo más votos para rebautizar este espacio.

Feminismo y conocimiento

Clotilde Cerdà, como buena escritora, participó en diversas publicaciones y revistas de tendencia feminista que daban protagonismo y voz a la mujer, silenciada durante siglos. En el año 1883, Esmeralda estableció relación con la revista *La Ilustración de la Mujer* a través de su director y propietario, Pedro Rigual Alayo, quien la invitó a escribir en la *Revista Modas y Salones*, suplemento al periódico de noticias. El periódico tenía sede en Barcelona y se editaba en castellano, con dos representaciones: una en Madrid, Josefa Pujol de Collado, mientras que en

París era Faustina Sáez de Melgar. La revista publicaba desde cuentos, artículos sobre arte y novelas, hasta estudios científicos, informativos y narraciones de viajes.

No mucho después de estos escritos Esmeralda convirtió en realidad el más grande de sus sueños: el día 2 de mayo de 1885 fundó la Academia de Ciencias, Artes y Oficios de la Mujer. La institución estaría capacitada para atender niñas, adolescentes y mujeres en casi cualquier campo de instrucción. El proyecto era ambicioso y las reacciones de apoyo no se hicieron esperar. Las ideas vanguardistas de esta mujer ejemplar se hacen evidentes ante la necesidad y utilidad de una academia como tal en la ciudad de Barcelona.

A continuación, algunos fragmentos del texto del proyecto de fundación de la Academia:

Durante mis largos viajes por Europa y América llamé fuertemente mi atención la perseverancia con que los hombres de más elevado talento y de mejor sentido práctico trabajaban para perfeccionar en lo posible la educación de la mujer ensanchando su esfera de acción, tanto para disponerla al mejor desempeño de sus deberes naturales, como para libertarla de la esclavitud a que la condena la ignorancia y la falta de recursos propios.

La misión de la mujer hoy en día no se reduce solo a ser el ángel del hogar; no basta que por instinto cumpla como madre los más santos de los deberes; es necesario que se encuentre con fuerzas para poder sostener en todas ocasiones su dignidad y la de sus hijos a pesar de los cambios desgraciados que pueda tener en su posición social y estas fuerzas sólo pueden ser adquiridas perfeccionando su inteligencia y habilidad por medio de los conocimientos útiles.

No es por lo tanto mi ánimo al trabajar para el adelanto de la mujer, el producir en nuestras costumbres un cambio por el cual ésta llegue a invadir las atribuciones del hombre; pero sí creo que se debe propender a que la madre sea la mejor institutriz de sus hijos si su posición es holgada, a que pueda compartir con el esposo, con el padre o con el hermano las cargas de la familia si pertenece a la clase

media o a la obrera y a que cuente con medios para atender a sus necesidades si queda en la orfandad o en la viudez. (...)

Barcelona es la ciudad de España en donde las artes y las industrias han adquirido el mayor grado de desarrollo y en donde por la tanto la mujer puede mas fácilmente utilizar sus conocimientos; así pues aquí es donde hay que llenar el vacío que hoy dificulta su educación; éste es el lugar más a propósito para el establecimiento de una academia de bellas artes y oficios para la mujer en la que se puedan encontrar reunidos todos los ramos para los cuales la naturaleza le da dado facultades; aquí es donde se deben formar obreras y profesoras que llamen a España industrias de que carecemos y cuyos productos compramos a los extranjeros a peso de oro.

El día en que se comprenda que es más útil el prevenir la miseria que el auxiliarla, cuando por el aumento de escuelas y academias podamos obtener la disminución de los hospicios y de los hospitales, habremos dado un gran paso en la senda del progreso y se llega a conseguir que la mujer española agregue a sus naturales encantos una riqueza de conocimientos artísticos o profesionales que sea la salvaguardia de su dignidad por constituir un medio honroso de subsistencia, entonces podremos sentir la satisfacción de haber contribuido con nuestros esfuerzos a la regeneración de la sociedad.

Este discurso progresista, feminista y empapado de conceptos como la igualdad de géneros y de derechos, son fiel testimonio del ideario masónico de la artista. La academia se sostenía con el apoyo económico de un gran número de personas. Resulta imposible biografiar a todos y cada uno de estos colaboradores, pero había dos personas que tuvieron mucho que ver en la carrera musical de Esmeralda: Evaristo Arnús i Ferrer y Víctor Balaguer.

El sueño de nuestra arpista era compartido con otras muchas mujeres que poco a poco despertaban una conciencia de género que, consideraban, debía ser transmitida. Una de estas mujeres fue la doctora Dolors Aleu i Riera, primera mujer en recibir el título de médica en España. Dolors trabajó y luchó mano a mano con Clotilde para sacar adelante tan ambicioso proyecto.

Pese a las dificultades económicas, la Academia había tenido

éxito y contaba con 270 alumnas al año de la fundación y no se admitían más solicitudes por lo reducido del local. Esmeralda pensaba incluso en construir un edificio adaptado a las necesidades que requería el centro. La situación era ambigua: el éxito de la empresa era logístico, pero no económico, y no garantizaba su propia continuidad. Las subvenciones se reducen y hasta la Casa Real le negó la subvención que un día había prometido. Esmeralda viajó a Madrid acompañada de Carme Verdaguer, profesora de la academia, y se entrevistó con la reina regente y la infanta doña Isabel, quienes de nuevo alimentaron en vano las esperanzas. La casa real no compartía las ideas libertarias de Esmeralda, ni su sensibilidad para con los más necesitados. Eso supuso la pérdida del apoyo económico de la real casa y el cierre de la academia en 1887.

En una carta a su amigo Víctor Balaguer, en 1892, Clotilde recordaba con frustración su experiencia: *«Amigo mío, fundé la Academia de Ciencias, Artes y Oficios para la Mujer y como si hubiese fundado una escuela de malas costumbres, así se desencadenaron todas las malas posiciones sobre mí y con una pérdida de 22.000 pesetas, la cerré y tomé el vuelo hacia los países en donde se aprecia y recompensa el mérito».*

Brillo eterno

Con una mente abierta producto de ser una viajera empedernida, Clotilde desafió el status quo de la mujer en su época. Es cierto, fue más reconocida en Cuba y en América del Sur que en su España natal, ya que representaba un modelo de mujer progresista que muchos no deseaban destacar. La mujer estaba acostumbrada a estar bajo la sombra y Clotilde les daba luz. La historiadora Isabel Segura, en su libro *Els viatges de Clotilde*, sintetiza la esencia de Clotilde, el brillo de Esmeralda: *«Hubo un sector de mujeres que luchaba por vivir y crear en igualdad de condiciones con el hombre».*

Los aplausos y la colosal ovación de aquella primera actuación en Viena de la arpista aún resuenan en Barcelona y en cada uno de los lugares del mundo donde ha dejado sus huellas imborrables.

Tabla:

1. **Jardines Clotilde Cerdà:** Situados en la calle de la Marina, son un homenaje de la ciudad a su huella.
2. **Eixample:** El icónico distrito de Barcelona es la obra magna del padre de Clotilde, el arquitecto Ildefons Cerdà.
3. **Liceu Opera Barcelona:** Situado en el corazón de La Rambla, el Liceu es, desde mediados del siglo XIX, el epicentro de la música en la Ciudad Condal.
4. **Antigua Logia Lealtad:** En la calle d'Avinyó, número 26, se encontraba la logia donde Clotilde fue iniciada como masona.
5. **Ilustración de la Mujer:** En la calle Arc del Teatre, número 21 y 23, se encontraba la imprenta Lluís Tasso i Serra donde se editó durante cuatro años la cabecera para la que escribiría Clotilde.

Bibliografía

SEGURA, I. (2011). Barcelona. *Clotilde Cerdà i Bosch versus Esmeralda Cervantes en L'Avenç*, pág 39-45.

SEGURA, I. (2013). Valencia. Tres i Quatre. Paterna. *Els viatges de Clotilde*.

BIBLIOTECA DE CATALUNYA. (2015). *La BC collabora en el projecte audiovisual "Estrella fugaç" sobre "Esmeralda Cervantes"*. Barcelona. <http://www.bnc.cat/esl/Visitanos/Noticias/La-BC-col-labora-en-el-projecte-audiovisual-Estrella-fugac-sobre-Esmeralda-Cervantes>

LEDESMA ALONSO, J.M. (2016). Santa Cruz de Tenerife. *90 aniversario de Esmeralda Cervantes*. <http://eldia.es/laprensa/wp-content/uploads/2016/04/20160410laprensa.pdf>

GRAELL, V. (2013). Barcelona. *La arpista que sedujo a reyes, Wagner y Victor Hugo*. <http://www.elmundo.es/cataluna/2013/12/24/52b9bfeb22601d62248b4593.html>

RUIZ CANTERO, M. T. (2014). European authors. *Clotilde Cerdá i Bosch*. <http://www.unless-women.eu/biography-details/items/cerda-i-bosch.html>

REDACCIÓN. (2018). Barcelona. La Vanguardia. *Barcelona retira la estatua de Antonio López por “esclavista”*. <http://www.lavanguardia.com/local/barcelona/20180304/441253554062/barcelona-retira-estatua-antonio-lopez-esclavista.html>

ROMA GARCIA, M. REHMLAC+, ISSN 1659-4223, vol. 9, no. 2, diciembre 2017-abril 2018/130-151130. *Protogfeminismo y masonería, factores influyentes en la España Contemporánea (1868-1900)*. <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/rehmlac/article/view/28049/31660>

DELGADO, M. A. (2017). Madrid. *Clotilde Cerdá, la niña prodigio que Cataluña rechazó por feminista*. https://www.elespanol.com/cultura/historia/20170929/250475366_0.html

PIÑERO, C; MARTINEZ, C. Conxita Piñero.(2016). Barcelona. *Un paseo por la memoria de la esclavitud en Barcelona*. <http://www.barcelonaenhorasdeoficina.com/paseo-memoria-esclavitud-en-barcelona/>

RESP. LOG. LAUTARO N° 197. (2014). Caracas. *Los principios de la masonería universal*. <https://lautaro.org.ve/biblioteca/principios/2016-2/los-principios-de-la-masoneria-universal/>

EL ESPECTADOR. (2009). Bogotá. *La ceremonia de iniciación*. <https://www.elespectador.com/impreso/vivir/articuloimpreso131647-ceremonia-de-iniciacion>

VIQUIPÈDIA. Barcelona: Universitat de Barcelona. (2012). *Àurea Rosa Clavé i Bosch*. https://ca.wikipedia.org/wiki/%C3%80urea_Rosa_Clav%C3%A9_i_Bosch#An%C3%A8cdotes_i_curiositats

UNIVERSIDAD DE BARCELONA. (2017). *Unas jornadas recuperan la actualidad del pensamiento y la obra de Ildefons Cerdà*. http://www.ub.edu/web/ub/es/menu_eines/noticies/2017/05/028.html

Biblioteca de Catalunya. (2012). Barcelona. Taller de restauración. *Álbum de fotos de Esmeralda Cervantes*. <http://www.bnc.cat/Visita-ns/Exposicions/Esmeralda-Cervantes-la-restauracio-del-seu-Album>

Autores: Sabrina Balagué, Caroline Dalprá, Ximena Esteve, Leonardo Gerzon, Gabriela Gutiérrez, Lissete Ode, Paola Pazcel.



CAPÍTULO 3

EMILIA GIMÉNEZ, ALIAS LITA CLAVER 'LA MAÑA',
ARTISTA DE VARIEDADES Y HUMORISTA

La última reina del Paralelo

Bajo los focos del Teatro Apolo se iluminaba el rostro de una mujer con bata negra sentada en una mecedora. El público la miraba atentamente. “¿Por qué os recibo en bata?”, preguntó. Respuesta: “Porque el escenario, durante muchas décadas, ha sido mi casa y vosotros mi familia”. Para Emilia Giménez, alias Lita Claver ‘la Maña’ (1945-), una despedida no tiene por qué ser triste. Humor, baile, música y muchas lentejuelas. De eso trató su actuación final y toda su carrera profesional. Un talento que recibieron en casi todos los escenarios de Barcelona, pero que en los del Paralelo ocupa un lugar especial.

Entre aplausos y ovaciones. Así se despidió la artista Lita Claver ‘la Maña’ de los escenarios de Barcelona el enero de 2018 en el Teatro Apolo, con 73 años y la mar de flamenca. “Fue la despedida con la que sueñan todos los artistas: Teatro Apolo lleno, público en pie y mucha emoción”, explica la artista en la que –dice- será su última entrevista. Pero no estuvo sola, en esta última gran noche la acompañó su querido amigo de la infancia, el inigualable Fernando Estesó. De ahí el título del espectáculo: *Un reencuentro inolvidable*. Quién le iba decir a aquella joven

de Zaragoza que se acabaría convirtiendo en la última reina del Paralelo barcelonés.

Tomándose un té verde en A taberna de Vigo del Paralelo, la artista nos relata sus hazañas y nos transporta a aquella Barcelona de los años 60 llena de luces, diversión y personajes curiosos. “Había muchísima gente”, recuerda. La primera vez que Lita Claver pisó Barcelona, con veintipocos, se asustó: “Yo venía de un pueblo de Aragón y no había visto nunca a hombres travestidos ni a tantos homosexuales”.

Pese a su ya larga trayectoria profesional, era la primera vez que visitaba una ciudad tan cosmopolita. A la temprana edad de cinco años, la artista se puso a servir mesas en el bar Pandereta y Ventura de la calle Miguel de Ara de su ciudad natal. Tres años más tarde se subió a los escenarios con el concurso de talentos de Radio Zaragoza y gracias a su salero se recorrió Aragón como miembro de la Compañía de artistas de Lázaro Esteso. De gira aprendió a leer y a escribir y ya con 15 años debutó en la sala Oasis de Zaragoza.

“He sido bastante rebelde”, confiesa. De padres gitanos y la menor de 16 hermanos, Emilia Giménez siempre ha ido en contra de lo establecido. “A los 15 años empecé en el mundo de las revistas enseñando las piernas y, en aquella época, eso para mi gente estaba prohibido”. Con 22 años aterrizó en el Paralelo, donde se instalaría junto con el amor de su vida, su marido Rafael García, artista y figura importante del Teatro Victoria de Barcelona, con el que tuvo a su única hija. “Imagínate lo que supuso casarme con un payo. En ese sentido nunca me ha gustado seguir las normas que tenían los de mi etnia. Afortunadamente ahora han cambiado, pero cuando yo era jovencita tenían unas mentes muy cerradas”, explica.

“Cuando llegué a Barcelona era muy joven, mi hija tenía un año y la verdad es que curré muchísimo”. Se mudó con su marido, pero sin su hija, que se quedó en Zaragoza con sus abuelos: “Quería que tuviese amigos hijos, un horario fijo, etc. Me gustaba mucho verla pero no quería que viera la vida que llevábamos su padre y yo porque era muy difícil”. La vida como artista exigía

mucho trabajo a cambio de un sueldo precario. “En Barcelona me hospedaba –recuerda- en una casa particular con derecho a cocina”. Con el tiempo, la ciudad, en concreto el Paralelo, acabó convirtiéndose en su hogar, un lugar en el que entabló amistades que serían para toda la vida: “Yo tenía unos amigos muy divertidos con los que, cuando acababa de trabajar en el Teatro Victoria, íbamos a las Ramblas a tomar unos bocadillos. Estar ahí por la noche era precioso”, recuerda.

El Paralelo, su casa

El primer escenario barcelonés que pisó Lita Claver fue el del Teatro Victoria. Se convirtió en la segunda *vedette* del teatro nada más llegar a la ciudad, aunque ella siempre dice que es humorista: “Jamás fui una *vedette* al uso”. Y fue entonces cuando empezó a construir un vínculo especial con el público de la ciudad, ese al que acabaría llamando *familia*. “La conexión con mi público se dio porque no había maldad. He sido pícara, he contado chistes verdes, pero nunca he hecho daño ni he sido grosera”, explica. La interacción con el público ha sido el punto fuerte de sus actuaciones, la gente se lo pasaba en grande. “Ha sido hermoso recibir todos los premios que he recibido, pero lo mejor era ir por la calle y que alguien me dijera: ‘Estuve viéndote, ¡qué bien me lo pasé!’”, subraya.

En el año 1967 Lita se mudó literalmente a la vuelta de la esquina. Del Teatro Victoria pasó a actuar en El Molino. Allí actuaría durante 11 años consecutivos, llegando a convertirse en una gran estrella, una estrella de la talla de Concha Velasco o Sara Montiel, con las que trabó amistad. Cuando ‘la Maña’ estaba en El Molino, la entonces Conchita Velasco actuaba en el Teatro Arnau, y cuando se subió al escenario del Apolo, Sara Montiel hizo lo propio en el Teatro Victoria. Sin embargo, con la cantidad de trabajo que se acumulaba solo coincidían entre actuaciones o cuando se las homenajeaba en “discotecas cutres”. Eso sí: siempre iban a verse a sus espectáculos.

A lo largo de su vida Lita ha conocido a grandes personajes y asegura que “cuanta más categoría tiene un artista, más sencillo es.

Los que son muy mediocres van por la vida sacando pecho y los que están en primera línea son sencillos y amables”. Pero hubo un personaje en concreto que le marcó muchísimo: Salvador Dalí. El artista y su mujer, Gala, frecuentaban El Molino y un día asistieron a un espectáculo de Lita. Ella le conocía, sabía que era pintor pero no de ese calibre. Durante la actuación Dalí la dibujó en una servilleta y se la firmó, se la trajeron al camerino y ella se la colgó en el espejo junto a otras fotografías. Al día siguiente desapareció.

Con Maña y a lo loco, Qué Maña tiene el Arnau o Más fresca que nunca, Lita llenaba el Teatro Arnau. En 1992, junto con su marido, pasó a ser accionista mayoritaria del Arnau, teatro del que refiere innumerables anécdotas. “Recuerdo que venía algún payés que, al cruzar la pasarela, te regalaba una butifarra”, explica entre risas. Y otros recuerdos llenos de emoción, como cuando una mujer le dejó en herencia una pequeña joya. “La señora venía todas las tardes y hubo un momento en que dejó de hacerlo. Entonces vino una chica joven que subió al camerino a saludarme, me la entregó y me explicó: ‘cuando mi abuela se puso muy enferma dijo que te la diéramos a ti, ‘Maña’, por lo bien que lo había pasado y por el cariño con el que la trataste”.

Fue entonces, a finales del franquismo, cuando algo empezó a cambiar en los escenarios y en la sociedad. “Durante el franquismo estaba prohibido todo, como por ejemplo bajar a platea a hablar con el público. Yo bajaba porque me encantaba darle un beso a una señora o sentarme su lado. No era nada malo”, relata. Pero con la muerte del dictador en noviembre de 1975 se suprimió la censura y así llegó época del destape. “Cuando vino el destape total, la cosa se desmadró”, recuerda Lita. Esta época se caracterizó por la muestra de desnudos femeninos tanto en pantalla (el tan denostado ‘cine de destape’; así, Lita aparecería en la película de Juan Fortún *El pobrecito draculín*, de 1976), como en los escenarios.

La artista se pasaría horas explicando sus anécdotas con el destape, pero hay una que recordará toda su vida. “Un día vinieron dos hombres a mi actuación y, al ver que yo no me desnudaba, me dijeron que si no lo hacía era porque yo era un hombre. El público se

me quiso echar encima, así que le dije: ‘Si usted es tan gentil de subir y desnudarme’”. El hombre subió y la empezó a desnudar mientras ella lloraba y Lita le dijo: “‘Si me desnudas, te desnudo’. Me miró y ahí paró. Entonces le dije: ‘por favor, no se vaya’. Le cogí la mano y dije: ‘amigos, espero, y deseo de todo corazón que esto no sea la democracia porque si va a servir para esto no me va a gustar nada’”.

Los paseos junto al mar

“Me gusta muchísimo el mar, quizá porque soy piscis”, comenta Lita. “Estuve bastante tiempo trabajando en Madrid, pero eso de no ver el mar... iba al Manzanares y pensaba: ‘esto no es lo mismo’. Y me pasa igual en Zaragoza, que es mi ciudad. Yo tengo que ver el mar, los barcos, sentarme allí... me relaja muchísimo”. Le encanta ir andando a la playa de la Barceloneta o al Maremagnum, en la zona del puerto barcelonés. Su marido Rafael falleció hace menos de dos años y esos paseos le han servido en el proceso del duelo. “Me gusta estar sola. De eso tengo que salir yo. Han sido 50 años viviendo juntos y es algo que cuesta. Siempre he sido una mujer muy fuerte y sé que salgo por mí misma”.

Así es la Maña. “Mi vida sobre todo ha sido trabajar muchísimo porque eran tiempos muy difíciles. He sido una mujer bastante rompedora. A mí nunca me ha gustado que alguien me cortara la libertad, quería expresarme sin ofender a nadie, como me apetecía”, explica. En el año 1987, Lita recibió el Premio Sebastián Gasch como Mejor Artista de Music Hall. “Esa fue la mayor de las sorpresas que me llevé en esa época. Mi afán no era el decir yo soy la mejor ni quiero ser la única ni la primera, mi voluntad era tener una continuidad de trabajo para que mi hija pudiera venir cuando tuviera vacaciones. Quería luchar por estar mucho tiempo en Barcelona”.

Y lo consiguió.

Tabla:

1. **Teatro Victoria:** Situado en el corazón del Paral·lel, fue el primer escenario barcelonés que pisó Lita Claver.

2. **Teatro El Molino:** Desde 1967 y durante 11 años, Lita actuó en la mítica sala situada en la calle Vilà i Vilà, número 99.
3. **Teatro Victoria:** Otro de los iconos del Paralelo en los que la Maña dejó constancia de su talento durante innumerables actuaciones.
4. **Teatro Apolo:** la despedida de los escenarios de la artista se produjo en enero de 2018 en esta icónica sala barcelonesa.

Autoras: Paula Cros Marchena y Celia Sales Valdés



CAPÍTULO 4

LLUÏSA VIDAL, PINTORA

El rostro (femenino) del modernismo

En una época en la que llegar a tener el mismo éxito que un hombre era una tarea titánica para una mujer, Lluïsa Vidal i Puig (1876-1918) optó por abrirse camino en el complicado mundo del arte. Y lo hizo sin saber que al insistir con su talento y su pasión también estaba abriendo nuevas oportunidades para otras mujeres en una Barcelona en plena ebullición artística. Esta es la historia de su pasión por el arte y también por su incansable lucha feminista.

Lluïsa Vidal era tan buena “que pintaba como un hombre”. La artista más destacada del Modernismo catalán recibió este comentario cómo si del mayor halago posible se tratara, en un tiempo en la que la pintura era considerada como una tarea exclusivamente masculina. Su éxito fue el resultado del esfuerzo, del tesón personal y de una vida enfocada por y para el arte. Desde la más tierna infancia.

El 2 de abril de 1876, con el inicio de la primavera, llegó al mundo la pequeña Lluïsa Vidal. El entorno que le esperaba era el de una joven familia burguesa que vivía del trabajo artístico del *pater familia*, don Francesc Vidal i Jevellí, un ebanista muy solicitado por la clase alta de Barcelona y por toda España. De hecho, hizo varios trabajos para la familia real y materializó diseños de Antoni Gaudí.

Considerado como uno de los impulsores del esteticismo catalán, los días de Vidal transcurrían sin alteraciones entre su taller y su hogar.

Él fue el mayor ejemplo para la pequeña Lluïsa. Rodeada siempre de artistas, descubrió su fascinación por la pintura desde muy pequeña. Sus padres, conscientes de su talento, apostaron por su hija en una época en la que el desarrollo del intelecto femenino era visto como una pérdida de tiempo, pues a las mujeres se las debía educar únicamente en las tareas domésticas y en la obediencia. Por ello, no dudaron en contratar para ella a los mejores profesores, como el xilógrafo Enric Gómez y el pintor Joan González. Era la primera muestra del esfuerzo que la familia Vidal dedicaría para que todos sus hijos tuviesen los recursos para labrarse un futuro y ser independientes. Y sin duda lo lograron, pues más tarde la segunda de los 12 hijos del matrimonio Vidal-Puig lograría lo que ninguna otra mujer había conseguido hasta entonces: vivir exclusivamente de su pintura.

Además de la pintura, Lluïsa también destacaba en el violín y el canto. Pero no era su prioridad, pues las protagonistas de la música eran sus hermanas: Merceditas, Júlia, Carlota, Rosina y Fresquita, las que también tuvieron excelentes profesores, considerados por la posteridad como grandes músicos de la época: Enrique Granados, Isaac Albéniz... Incluso, la visita de Pau Casals, destacado compositor musical catalán, era algo habitual en la casa de los Vidal-Puig Casals (acabaría siendo el marido de Fresquita, una de las hermanas de Lluïsa, ubicada en el número 13 de calle Trafalgar, muy cerca del **Palau de la Música**, uno de los máximos representantes del modernismo catalán.

A Lluïsa Vidal le esperaba un futuro exitoso como artista, pero también como pionera en un orden social inclinado hacia lo masculino. Esto no sería producto del azar, sino que la pintora seguiría el ejemplo de una familia que, pese a ser conservadora, siempre fue un paso adelante en cuanto a la formación académica de las mujeres. En este sentido, el peso de su madre, Mercè Puig i Buscó, fue capital. Ella, procedente de una familia también artística -su padre era un reconocido compositor de música sacra- siempre

fue una ávida lectora y dominaba el alemán, francés e italiano, además del castellano y el catalán.

Combatiendo los prejuicios con arte

La Barcelona de finales de siglo XIX y principios del XX también incidiría decididamente en la carrera artística de Vidal y en su lucha por la igualdad. El año de su nacimiento, 1876, estuvo marcado por el avance hacia la modernidad tecnológica: con la invención del teléfono por Alexander Graham Bell y del motor a cuatro tiempos por Gottlieb Daimler, las distancias geográficas se redujeron y una suerte de globalización se iniciaba en el mundo que conocía la joven artista.

Si la pequeña Lluïsa Vidal no hubiera nacido en la Barcelona de aquella época, posiblemente no se habría destacado en aquel mundo artístico dominado por los hombres. Sin duda, uno de los impactos vitales más grandes que tuvo fue la Exposición Universal de Barcelona de 1888. Su padre la llevó cuando tenía apenas 12 años, lo que le permitió, no solo ser testigo de una inmensa cantidad de arte en múltiples formas, sino también de estar en contacto con artistas de todo el mundo. De ahí en adelante, Lluïsa se convenció de que su futuro estaba en el óleo, el carboncillo y los lienzos.

Y entonces fue cuando llegó su primera exposición. No pudo tener un escenario artístico más notorio: Els Quatre Gats, en la calle Montsió, un punto de encuentro de escritores, músicos y personalidades del mundo artístico catalán que también albergó la primera exposición de un tal Pablo Ruiz Picasso, en 1900. En aquel espacio de tertulia y arte las mujeres solo podían participar como público en conciertos, lecturas de poemas y exposiciones, ya que las reuniones eran exclusivamente para hombres. Pero esa barrera mental se rompió en 1898, cuando Lluïsa, a los 22 años, se convirtió en la primera mujer en exponer su obra en este café, uno de los más conocidos de Barcelona.

En ese mismo año, Vidal también participó en la IV Exposición de Bellas Artes de Barcelona —recibiendo una

mención de honor— y en la Sala Parés, institución bandera del mundo artístico catalán, aún en funcionamiento. Esta fue solo la primera de una larga serie de colaboraciones que Lluïsa hizo, a lo largo de su carrera, con la galería más prestigiosa de la ciudad.

El trabajo de la joven catalana fue recibido positivamente por los críticos de arte, pero todos los elogios a la pintora iban acompañados de una insistente sorpresa por el hecho de que fuera una mujer. A pesar de que los expertos calificaron su arte como «varonil» y «viril», las críticas no la afectaron en absoluto. Vidal siguió perfeccionando su técnica, ya que su objetivo de ser pintora ya no era un sueño, sino que una realidad concreta.

Y llegó París

Así fue cómo, en junio de 1900, Lluïsa visitó hizo las maletas para visitar la Exposición Universal de París, un viaje que sería decisivo para su carrera. Al impregnarse de la atmósfera de la capital francesa entendió que su formación todavía no había alcanzado el culmen. París le abrió un horizonte de posibilidades y, de repente, Barcelona le pareció inadecuada para su crecimiento profesional. Fue así como decidió vivir un tiempo en la indiscutida capital mundial del arte en aquellos años.

Desde finales de siglo XIX y adentrado el siglo XX, esa decisión había sido la decisión habitual entre la mayoría de los artistas de Barcelona con aspiraciones, pero nunca antes una mujer artista había decidido emprender ese rumbo. En aquella época era impensable que las mujeres españolas viajaran solas, pero Lluïsa Vidal, con el apoyo incondicional de su familia, logró mudarse a París. En junio de 1901 se instaló en el número 38 de la *Rue de la Chaussée d'Antin*, siendo la única pintora hispana que estudió en la capital francesa. Lluïsa asistió a la *Académie Julian* y luego a la *Académie Humbert*. Vidal ocupó la mayor parte de su tiempo libre durante su estancia en la capital gala visitando museos y, cuando podía, deambulando por el Louvre para practicar haciendo copias de los cuadros expuestos.

Pero la estancia de la joven en París no solo fue clave, fundamental, para su formación artística. Su vida viró también cuando Lluïsa entró en contacto con el movimiento feminista a través de la amistad con las editoras del periódico *La Fronde*, escrito e impreso exclusivamente por mujeres. Lluïsa frecuentó la sede de *La Fronde* e intercambió opiniones y experiencias con mujeres instruidas y comprometidas con la lucha feminista. La capital francesa la hizo experimentar la independencia, perfeccionar su estilo y acercarse a las temáticas de género, que serían un gran motor en su vida posterior.

De vuelta desde París, en 1902, alquiló con su familia una casa en Blanes, un pequeño pueblo a 70 kilómetros de Barcelona, para pasar el verano en la zona de la Costa Brava. En este enclave mediterráneo, Lluïsa Vidal empezó a aplicar de forma más libre los conocimientos que adquirió en Francia. El género de pintura que siempre le interesó —desde que era muy joven— y en el que insistió durante sus estudios parisinos, era el retrato. Estando en Blanes, Vidal dio vida a sus cuadros con protagonistas femeninas y, a partir de esta época, se dedicó a pintar principalmente escenas de la vida cotidiana de las mujeres.

A partir de 1903, ya decidida a vivir de su pasión, Lluïsa preparó varias exposiciones, así como muestras individuales y colectivas. La exposición del año 1903 en la Sala Parés fue todo un éxito, de tal manera que su talento empezó a ser reconocido por el exigente público barcelonés. Pero algo había cambiado desde sus primeros pasos como artistas. Al analizar sus trabajos, los críticos ya no hacían hincapié en el hecho que fuera una mujer, sino que destacaban exclusivamente la calidad de sus obras. El crítico y pintor Raimon Casellas describió su obra como “elegante, directa y personal”. En 1906, participó con otra muestra exitosa en la Sala Parés y después en la Exposición de Bellas Artes de Madrid. Poco a poco, Lluïsa Vidal estaba empezando a afirmarse como retratista en el mundo del arte catalán.

Sin embargo, a mediados de la década, los Vidal atravesaron por una serie de problemas económicos y de salud de algunos

de sus integrantes, lo que llevó a que, en 1907, se mudaran al número 269 de calle Provença de la ciudad de Barcelona. En este piso, Lluïsa empezó a dar clases particulares de dibujo y pintura, poniendo su primer anuncio publicitario en la revista *Feminal* —en la cual trabajaría después—, en octubre de 1908. La popularidad del taller de Lluïsa creció como la espuma. Tanto fue así que, unos años después, la pintora abrió una academia en calle Salmerón, actualmente llamada Gran de Gracia. En las mañanas impartía cursos de acuarela, modelado de yeso, decoración, dibujo y pintura con modelos vivos. El abono mensual para las clases de ocho y media a diez y media eran 15 pesetas, mientras que las clases de once a una valían el doble. La mayoría de sus estudiantes eran mujeres de Barcelona, las que por fin tenían un espacio para compartir su pasión artística y expresar su talento.

Una mujer para las mujeres

Ya en pleno proceso de consolidación, la importancia de Lluïsa Vidal trascendió lo propiamente artístico y se transformó en una figura relevante para su propio género, lo que le trajo una alta carga de responsabilidad ante la sociedad y sobre todo, ante sus pares. Para Lluïsa, la mejor manera de empoderar a las otras mujeres era formándolas en el mundo del feminismo. Esa fue la razón por la que, aparte de su trabajo como pintora, fue el corazón y alma de distintas iniciativas enfocadas al desarrollo integral de la mujer. En Barcelona cada vez era más intenso el descontento por parte del género femenino, sobre todo en el mundo de la cultura, enfocado únicamente en el trabajo de los hombres y sin espacio para que la mujer mostrase su talento y creatividad. Así fue como, en 1907, nació la revista *Feminal*, suplemento mensual de *La Ilustración Catalana*, una publicación ilustrada gestionada de manera independiente por mujeres y que bajo la dirección de Carmen Karr, periodista y escritora, fue pieza clave del incipiente movimiento feminista catalán.

Aparte de publicar arte y otros tipos de productos culturales hechos por y para las mujeres, la revista permitió mostrar la

cotidianeidad femenina a la sociedad de la época, siendo un espacio de explosión y desarrollo creativo para aquellas mujeres invisibilizadas por la vigilancia constante de las tradiciones y los códigos morales. Lluïsa llegó a *Feminal* en su primer año de existencia y se incorporó como una de las ilustradoras oficiales de la publicación hasta 1915, un par de años antes de su cierre.

El trabajo de la pintora en esta revista estuvo netamente relacionado al dibujo, ilustrando los relatos de Dolors de Monserdá, Coloma Rosselló y Carmen Karr, entre otras destacadas escritoras y narradoras. Por otra parte, Lluïsa también publicó una serie de retratos de mujeres de la época, iniciativa nunca antes vista en las publicaciones de aquellos tiempos. Si bien Lluïsa se hacía de un ingreso regular con su trabajo, éste no era suficiente. No obstante, la posibilidad de codearse con mujeres empoderadas y convencidas de la importancia de su autonomía, la mantuvo por casi diez años trabajando en la sala de redacción de *Feminal*, ubicada en la esquina de las calles Mallorca y Bruc.

En 1909, a raíz de la Semana Trágica de Barcelona, Lluïsa sintió la necesidad de democratizar sus conocimientos para aquellas mujeres que tenían menos recursos. Es por eso que participó activamente en el proyecto del Instituto Cultural y Biblioteca Popular para la Mujer, espacio creado por la pedagoga Francesca Bonnemaison. En el instituto, situado en el corazón del barrio de Sant Pere, se formaba a mujeres de la clase obrera y media baja, sin recursos, para que estudiaran o tuviesen una formación profesional que les permitiera ganarse la vida, siendo el primer espacio de este tipo en Europa. El instituto contaba con facilidades de pago para las alumnas y una amplia gama de áreas en las cuales se impartían cursos, como corte y confección, dactilografía, cocina, cálculo mercantil y aritmética, entre otros.

Vidal impartió clases de arte y dibujo, siendo parte íntegra de las actividades del instituto: en 1910 ofició como presidenta del Tribunal de Exámenes y jurado de la sección de arte, aparte de ser miembro del directorio. Hoy en día, la sede de este espacio sigue en pie y es la sede de la biblioteca municipal que lleva el nombre de la

misma Bonnemaïson, a modo de homenaje para ella y para todas las otras mujeres que, como Lluïsa, lucharon por la igualdad de derechos en un mundo donde prácticamente todo les era adverso.

La lucha por la memoria

El rol sostenedor que Lluïsa Vidal adoptó cuando su padre abandonó a la familia, entró en su última etapa cuando Francesc Vidal falleció el 30 de octubre de 1914. Un mes antes, se había consagrado con una nueva exposición en la Sala Parés, que le valió elogios de los diarios de la época. Vendrían además sus últimos dos años como trabajadora de Feminal.

En 1918, Europa respiraba con el fin de la Primera Guerra Mundial, pero a la vez se sumía en una amenaza de mayor peligro. Una influenza viral se expandió desde Estados Unidos a un nivel global nunca antes registrado. Por la amplia cobertura mediática que la pandemia tuvo en la Península Ibérica, el fenómeno adoptó el apodo de «gripe española», y con el fin del verano comenzaron a masificarse los casos. El cruento fenómeno infectó a aproximadamente ocho millones de personas, de las cuales murieron alrededor de 300.000.

Sin esperarlo, sin tiempo y sin cura, Lluïsa se convertiría en una de las víctimas fatales de la gripe. El 22 de octubre de 1918 se confirmó su fallecimiento en la ciudad de Barcelona, hecho del cual existe poca información disponible. Su deceso pasó prácticamente desapercibido en la prensa de la época, que entonces llenaba páginas con consejos de prevención sobre gripe y publicidad de fármacos.

Al morir, la pintora dejó un testamento donde dejó en herencia sus obras y pertenencias a sus hermanas. En contraste con las colmadas salas de arte donde lucían sus pinturas, María Lluïsa se apagó rodeada de unos pocos miembros de su familia. La primera pintora profesional de su generación murió en el más absoluto anonimato.

Barcelona y España escucharían por última vez el nombre de Lluïsa Vidal en 1919, cuando la Sala Parés expuso un grupo de

sus obras a modo de homenaje. Durante el siglo XX, sin embargo, su voz y su arte se apagaron por completo. La muerte cruzó la frontera del plano físico y se llevó también la memoria. Pinturas de su autoría quedaron en manos de familias burguesas y otras fueron adquiridas desde lejanos países como Argentina y Uruguay. Aquella mínima memoria fue falsificada, sin descendientes, instituciones o académicos que la defendieran. Sus obras fueron vendidas por comerciantes de arte que borrraban su firma para trucar la de autores de mayor prestigio, como Santiago Rusiñol y Ramón Casas.

Hasta que, en la década de los noventa, su legado emergió del olvido gracias a la publicación de una biografía, elaborada por la autora Marcy Rudo. Casi un siglo después de su muerte, en 2014, el Museo de Arte Nacional de Catalunya dedicó una muestra exclusiva al exponer sus principales retratos y paisajes. Su talento único era redescubierto, así como su figura en la sociedad de comienzos del siglo XX y su contribución al desarrollo del feminismo en la capital. Mujer, pintora, feminista y pacifista, Lluïsa fue capaz de transitar entre la dualidad de las luchas sociales y la burguesía a través de su pincel.

Tabla:

1. **Museo Nacional de Arte de Catalunya:** La exposición de retratos y paisajes de la ilustradora en 2014 convirtió el museo en un punto de inflexión en la recuperación de la obra y del talento de Vidal.
2. **Biblioteca Francesca Bonnemaison:** El antiguo Instituto Cultural y Biblioteca Popular para la Mujer, creado por la pedagoga Francesca Bonnemaison, es hoy (calle Sant Pere Més Baix, 7) una biblioteca viva donde la defensa del legado artístico y humano de mujeres como Vidal sigue siendo la pauta.
3. **Sala Parés:** ubicada en la calle Petritxol, número 5, la galería de arte activa más longeva de Barcelona fue una plataforma clave en la trayectoria artística de la pintora.

4. **Els Quatre Gats:** El número 3 de la calle Montsió es una mítica coordenada cultural y artística en Barcelona desde 1897, punto de encuentro de figuras como Picasso, Opisso, Rusiñol... y lugar de la primera exposición de Vidal, en 1898.
5. **Redacción de *Feminal*:** Ubicada en la esquina de las calles Mallorca y Bruc.
6. **Vivienda y estudio de Vidal:** Desde 1907, el número 269 de la calle Provença fue el hogar de los Vidal pero también el estudio donde Lluïsa impartía clases particulares de dibujo y pintura.

Bibliografía:

OLTRA, Consol (2016). Lluïsa Vidal. Pintora del modernismo. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya, 2016.

RUDO, Marcy (1996). Lluïsa Vidal, filla del modernisme. Barcelona: Edicions La Campana, 1996.

Autores: Guillermo Adrianzen, Pierpaolo D'Angelo, Carolina Fresno, Paula Merchán y Antonio Rosselot.



CAPÍTULO 5

RAQUEL MELLER, CUPLETISTA

La cantante sin bozal

E Os habéis enamorado alguna vez? ¿Habéis sentido el feroz sentimiento de querer seguir a alguien hasta el fin del mundo? Yo sí. Esa mujer era guerrera, imparable y, sobre todo, extremadamente bella. Me sedujo la fuerza de sus palabras, la calidez de su voz al alzar el canto y su prodigiosa silueta paseando por el escenario. Ella, Raquel Meller (1888-1962), la gran cantante sin bozal, me robó el corazón desde el primer instante que la vi.

Ahora, como cada año en estas fechas, me encuentro de regreso en su tumba, en el cementerio de Montjuïc. Hay un ramo de violetas marchitas y restos de hojas encima de su último lecho. Una tumba hecha a su medida: robusta, cuadrada, preparada para las tormentas más salvajes o los días de pleno sol. Hoy se levanta el aire como aquel bebé que quiere empezar a hablar. El cementerio está vacío de seres vivos, pero aun así, lo siento lleno. Me pregunto cómo es posible sentirse acompañado en un cementerio. Mi corazón empieza a comprimirse y mi mente empieza a volar por aquellos recuerdos de julio del 1962, el día de su multitudinaria despedida. La luz de la gran Meller se apagaba y, con ella, se marchitaba el cuplé español, el arte, la pasión, la fuerza. Todo, menos mi amor. Otra vez, incluso ese día final, mi nombre y mi cuerpo pasaban desapercibidos. Otra vez,

era un número más, alguno entre esos cien mil que acudieron a su entierro.

En varias ocasiones intenté visitarla en su habitación del Hospital Dos de Maig durante sus últimos días, pero una embolia cerebral se la llevó antes de que reuniera el valor para hacerlo. Supongo que su hora había llegado, pues desde su exilio en Argentina por la Guerra Civil española nunca volvió a ser la misma. La artista que puso a medio mundo a sus pies se marchitó con la contienda, aunque nadie más consiguiera estar a su altura.

Fue una pérdida que traspasó los muros del cementerio de Montjuïc y de la que se hizo eco la prensa internacional. Ella, que a su vuelta a Barcelona se creía sola y olvidada, nunca hubiera podido imaginar la cantidad de personas que asistieron a su actuación final. Recuerdo en primera fila a su hija adoptada Elena, con gafas de sol y pelo recogido. Me extrañó verla despidiendo a su madre pues hacía tiempo que estaba ausente. Volvió a reaparecer cinco años más tarde reclamando parte de su herencia. Luego se esfumó de nuevo, esta vez para siempre. Enric, el otro hijo adoptado, estaba a su lado en el entierro. También con gafas de sol, queriendo tapar las lágrimas o, quizás, el hecho de que no hubieran. Llevaba tupé y el traje perfectamente planchado. Él también desapareció. En su caso, fue un accidente de coche. Al lado de él, Demon Sayac, su padre adoptivo y segundo marido de Raquel.

En 1919 mi amada se casó por primera vez con el periodista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Aunque fue un golpe duro para mí, el matrimonio duró tan solo tres años y de esa unión solo quedó un libro que escribió él, de título Raquel Meller, en el que retrataba la vida de mi musa e inspiración. Más adelante, al volver a Barcelona después el final de la guerra, mi Raquel volvería a contraer matrimonio, esta vez con el “empresariucho” francés Demon Sayac. Tampoco él supo darle a mi estrella la felicidad que merecía y se divorciaron al cabo de poco tiempo. Mientras tanto, a pesar de sufrir de lejos viéndola en brazos de otros, ahí seguía yo, sin perder la esperanza de poder tenerla, esperando mi oportunidad.

El debut

Perversa y sencilla, pasional y humilde, suave y traviesa. Así era la gran mujer cuya historia ahora rememoro. Pues si bien no conseguí tenerla en vida, siempre me hará compañía su memoria.

A principios del siglo XX Barcelona era pura vida. La España neutral de la Primera Guerra Mundial creó un paradigma barcelonés en el que el mundo del espectáculo comenzaba a tener gran valor, sobre todo el cuplé. El antes visto como un género grosero y barriobajero, empezó a popularizarse con las influencias que trajeron los franceses y su *couplet*. Fueron las artistas francesas, inglesas, alemanas e italianas las que empezaron a traer aires innovadores a España. Inmediatamente, empezaron a nacer como amapolas en el trigal una hornada feroz de cantantes cupletistas. Pero la mejor de todas, dueña de mi sueño, de las luces y de los aplausos, fue mi Francisca, o como al conocería todo el mundo años más tarde, Raquel Meller.

En 1914 José María Castellví y Leopoldo Varó escribieron un gran libro sobre ella: *Raquel Meller. La mujer y la artista*. La obra relata fidedignamente la vida y la inspiradora trayectoria de la cupletista y es por esto que lo guardo cuidadosamente en mi mesita de noche.

Nunca se enamoró de mí. Tampoco fue necesario. Simplemente me bastaba con estar cerca de ella; apoyarla en las trifulcas y peleas que vivía en el mundo del cuplé cada noche; celebrar los triunfos y apoyarla cuando pensaba que el mundo giraba en su contra. ¿Acaso era el único que la comprendía?

Raquel Meller. La gloriosa y conflictiva “cantante sin bozal” que marcó un antes y un después en Barcelona. Pero, sobre todo, en mí.

Cada vez que paso por delante del antiguo Teatre Arnau observo la figura de mi amada esculpida en piedra. Poco después de su muerte, el Ayuntamiento quiso homenajearla colocando una estatua suya enfrente de la sala donde realizó su triunfal debut. Con el pelo recogido, un recatado vestido hasta las rodillas y una cesta llena de violetas, se alza con elegancia entre la calle Nou de

la Rambla y el Paral·lel. Allí donde reinó ahora posa impertérrita, entre pasantes con demasiado sueño y coches con demasiada prisa. Yo, que con el tiempo he ido perdiendo ambas cosas, me paro delante de ella y fantaseo que por un momento deja atrás la robustez de sus párpados y me guiña un ojo con picardía.

Inevitablemente, los recuerdos de la primera vez que la vi en un escenario me inundan el cuerpo y siento cómo el vello de la piel se me empieza como aquel día. Era un 16 de septiembre de 1911. Se anunciaban 25 debuts y, entre ellos, el de “una estrella indiscutible en el orbe entero”. En la fachada del Teatro Arnau había dos hileras de bombillas que formaban en su conjunto las letras «R. MELLER.». Por aquel entonces, el teatro era una especie de café-cantante en el que pagabas dos reales por consumición para escuchar algo de música picaresca. Ya me entendéis.

Barcelona y yo nos quedamos sin palabras. La destreza que lucía en el escenario era excepcional, al igual que su forma de cantar. Se podían palpar las palabras de la pieza *Ven y Ven*. Resonaban por todo el escenario como si antes de empezar una nueva frase aún danzara el eco de la otra. Ella misma se refirió a aquel día de 1911 en que debutó en el teatro Arnau, como el día en que nació Raquel Meller. Desde entonces no pude dejar de seguir sus pasos. Siempre en la distancia, en silencio.

Hasta finales de los años treinta recorrió todo el mundo impregnando con su talento —y también con su mal genio— cualquier escenario que pisara. La acompañé al Olympia de París, al Metropolitan de Buenos Aires y hasta a los pasillos de Hollywood. Siempre desde la oscuridad porque, ¿acaso un don nadie como yo se podía relacionar con la grandiosa Raquel Meller?

Con voz y carácter

Era un sábado, en la sesión de noche, cuando me dirigía al famoso Teatro Romea de Barcelona para ver a la gran Encarnación López, popularmente conocida como La Argentinita. Después de Raquel, era mi artista favorita y una verdadera estrella del cuplé que se distinguía por la elegancia con la que imitaba a sus compañeras de

profesión. Probablemente, su aire burlón era lo que enfurecía a mi querida, quien la consideraba su auténtica rival.

Recuerdo su última actuación en el teatro homónimo de Madrid en el 1915, en el que parodiaba a varias figuras reconocidas del cuplé, entre ellas a mi querida Raquel, representando *La violetera*. La Argentinita terminaba los últimos versos del famoso cuplé “Yo para ti, tú para mí”. Lanzaba flores a los espectadores imitando el hacer de Raquel sin darse cuenta de que ésta, astuta, estaba escondida entre las telas del escenario. «Esta flor es para usted... y esta para usted, para usted...» decía la Argentinita cuando Meller la sorprendió, saltando al escenario para abofetear a su imitadora. «Y esto es para tí», culminó Meller con abucheos y silbidos del público.

La trifulca fue el centro de toda charla en España y en los medios de comunicación. El 12 de noviembre el periodista José Montero le envió un mensaje directo a través de la revista ilustrada *Nuevo Mundo*: “Señorita Raquel Meller, deje usted a la Argentinita que imite, aunque sea en la caricatura, el arte gracioso y sentimental que tiene usted en la voz, en el gesto y en la figura. Es señal que vive usted en el mundo, ese mundo dorado y luminoso que otras pobres artistas ven tan lejano. Piense usted que si algún día no tiene imitadora, es posible que se esté aburriendo, triste y cansada (...)”.

Reina del cine mudo

Siendo ya aclamada dentro de la escena musical, el siguiente gran paso de mi Raquel fue probar fortuna en la gran pantalla. De manera irónica, comenzó participando en cine mudo, vetando la posibilidad de que su gloriosa voz pudiera ser escuchada. La primera vez que se la pudo ver en escena fue en *Los arlequines de seda y oro*, en 1919. Por supuesto que fui el primero en reservar una butaca en la primera fila. Gocé como un niño de aquel melodrama que narraba el romance entre una gitana y un torero, imaginando que en un mundo paralelo ese estiloso maestro de la tauromaquia era yo. Aún ahora sueño con esa fantasía, y cuando

la nostalgia puede conmigo, voy a la Fimoteca Nacional de Barcelona, a reencontrarme con su hermosa imagen.

En los años siguientes, como era de esperar, la actuación de mi talentosa Raquel siguió siendo un éxito. Participó en varias películas rodadas en Francia y en los Países Bajos, como *Rosa de Flandes*, de Henri Roussel, en 1922. Ese rodaje originó grandes críticas por parte de Gómez Carrillo, quien ya estaba separado de Raquel. Este sinvergüenza tuvo la ingratitud de exponerlas en el libro *El reino de la frivolidad*, titulando *Españoladas cinematográficas*. Algunos dirán que no hablaba de mi Raquel, ya que no la citaba directamente, pero ella no lo pasó por alto y le contestó en la revista *El Cine*. La cupletista poseía una de esas personalidades apasionadas y temperamentales que la convertían en una gran intérprete, pero también en una feroz enemiga.

Poco más tarde, el director Jacques Meyder le ofreció el papel de *Carmen*, la protagonista de la conocida novela de Próspero Mérimée. Carmen era una gitana de escrúpulos dudosos que enamoró a un exmilitar navarro con sus sensuales dotes: mi Raquel era idónea para el papel. Ella nunca había ojeado la novela, pues se conformaba con saber que encarnaba un personaje conocido a nivel nacional. Sin embargo, al saber de la dudosa moral de Carmen puso el grito al cielo. En cada rodaje imponía que se cambiaran ciertas cosas del guión, a lo que siempre le respondían: «lo escrito por Mérimée, no se puede cambiar». Un día su paciencia llegó al límite y pidió que le pusieran al teléfono al tal Mérimée. Nadie supo que contestarle, más que reírse, pues el tal Mérimée llevaba muerto medio siglo. ¡Pero mi Raquel era capaz de levantar hasta los muertos!

A pesar de que Raquel daba que hablar entre el público más cortés por su reprochable comportamiento, eran su genio, temperamento y carisma lo que la hacían realmente encantadora. Mi querida poseía una sensibilidad especial que convertía cada canción en irrepetible y era capaz de fascinar a cualquier tipo de público, enamorando a todo aquél que ahondara en su personaje.

Bye bye, Chaplin

En 1926, Raquel se embarcó en una aventura que la llevaría mil pasos más allá. Junto a un gran número de personas que la acompañaba en cada uno de sus espectáculos, se subió a un barco y se trasladó al epicentro del *show business* mundial: Nueva York. Y es que mi Raquel no merecía nada menos que los mejores escenarios del mundo.

Su primer destino fue la calle Broadway, en el gran Empire Theatre. Justo cinco años antes de la proclamación en España de la II República, un 14 de abril, aquel escenario recibió a Raquel con cada una de sus butacas ocupadas. Exactamente 1.099 espectadores llenaron de aplausos el salón, pagando 27,50 dólares por persona para ver el espectáculo. Fue un éxito total. Mi Raquel cantó 13 canciones, por su puesto, todas en español.

Al día siguiente, el New York Times anunciaba: “Raquel Meller, ruidosamente aplaudida. Demuestra su dinámica personalidad a través de muchos personajes en su debut norteamericano. Sus canciones, sus gestos. La versátil artista española lleva con tranquilidad el peso de toda la actuación”.

Como era de esperar, también triunfó en el gran Teatro Metropolitan a su paso por La Gran Manzana. Sobre estas tablas, el telón llegó a levantarse hasta veintitrés veces. Fue en este lugar donde el prestigioso comediante Charles Chaplin quedó embelesado ante la presencia de la cupletista. Y es que nadie podía resistirse a la magia de *La Violetera*.

Chaplin intentó conquistarla, pero Raquel no necesitaba más fama o dinero del que ya tenía. Ella era quien decidía con quién trabajar. El director de cine la persiguió con el fin de que apareciera en uno de sus largometrajes. Ella rechazó trabajar con él en una película sobre Napoleón que finalmente nunca se rodó. Pero el encandilamiento hacia mi bella Raquel era tal que utilizó la melodía de *La Violetera* en una de sus películas, alegando que era de su propia autoría. Después de un largo pleito, Chaplin terminó pagando a Padilla, el compositor de la canción, una indemnización por utilizar la pieza sin su permiso.

El 26 de abril, a solo diez días de su primer *show*, la revista Time dedicó su portada a Raquel. Al lado de una imagen de ella luciendo una mantilla española, la famosa revista titulaba: “Embrujadora Meller”, para luego añadir un epígrafe que jamás olvidé. Porque si bien yo lo había pensado mil veces, nunca había logrado transformarlo en palabras: “Sus manos son como rostros”.

Cosas de Raquel

Calle Aribau, número 38. Raquel solía almorzar en el pequeño bar que había debajo de su casa. Lo sé porque pasé muchos días observándola desde la esquina más cercana, apoyado en aquel viejo farol que me acogió mientras me convencía de que al día siguiente sí que entraría a saludarla. Ese farol fue testigo de mis múltiples sueños. Me acercaba a mi Raquel, la invitaba a un vermut y charlábamos sobre la vida. Pero no. No era yo quien le hacía compañía en aquel bar. Su acompañante era ese maldito de Padilla. Ese suertudo que se convirtió en cómplice de algunos de sus grandes éxitos. El bar les servía como santuario de encuentro, donde reproducían las mejores charlas. A Padilla le apasionaba la manera de transmitir de la cantante, por lo que compuso varias piezas que luego interpretó y transformó Raquel: *El Relicario*, *La Violetera*....

En el 3º 2ª de ese mismo edificio, la artista vivió una importante parte de su trayectoria artística en la ciudad de Barcelona. Allí la visitaron compositores, músicos y escritores que se inspiraron con su talento y le dedicaron algunas de sus obras. Ella era caprichosa, susceptible y orgullosa. Se dice que cada vez que viajaba, disponía de un vagón de tren completo para ella. Se hacía acompañar incluso de cocineros, porque tenía varios gustos que le gustaba complacer. Afortunadamente, logré averiguar cuáles eras sus comidas favoritas, así que pasé horas y horas intentando llegar a la mejor versión de las recetas. Practiqué y practiqué, por si algún día llegaba a tener la fortuna de cocinar para ella.

Mi Raquel tenía una elegante arrogancia. No por nada todos los intelectuales y adinerados contemporáneos a ella desbordaban

admiración. Raquel lo sabía, ella era perfectamente consciente de su grandeza. Incluso el mismísimo rey Alfonso XIII cayó rendido a sus encantos y le propuso ir a cantar al palacio. Sin embargo, mi Raquel no se empequeñecía bajo ningún título real. Su respuesta no pudo ser más clara: “Si quiere saber de mí, que venga a verme. La misma distancia hay de aquí a Palacio que de Palacio al teatro”. El rey, al enterarse, no pudo decir más que: “Cosas de Raquel”, en referencia a su ya popular carácter. De esta forma, el monarca fue quien, siguiendo las órdenes de Raquel, se acercó al teatro Maravillas junto a Victoria Eugenia. La artista lo recibió en su camerino, claro, donde a ella más le acomodaba.

Musa e inspiración

Cómo no quiero, aunque fuera en la lejanía, a la artista que consiguió trascender, que hizo de la canción vulgar una refinada expresión de arte. Recuerdo el octubre de 1919, cuando por primera vez, en el teatro El Dorado de Plaza Catalunya, la Meller interpretaba su primer cuplé en catalán: *La Font d'en Xirineu*. Fue un resonante éxito inmediato que la llevó a incorporar en su repertorio más canciones en la lengua de su querida Barcelona.

Que en América se hicieran populares canciones en catalán era un fenómeno que solo Raquel Meller podía conseguir. Y lo hizo. Todavía visualizo el orgullo en su rostro cuando contaba que, en su debut en el Henry Miller Theater, el público rogaba escuchar *Diga-li que vingui* y *El noi de la mare*, y ella, que siempre disfrutó complaciendo a su público, entonó aquellos versos como si fueran los últimos que volvería a cantar.

Y es que son pocos los resquicios que quedan de la vida de mi Raquel. Ahora, el lugar que antaño fue El Dorado, lo ocupa quién sabe qué banco o casa comercial. Aun así, somos varios los nostálgicos que, cuando pasamos por delante, recordamos esa noche estelar.

Como cada 16 de septiembre vuelvo a Montjuïc, a la misma hora de siempre. La última luz del día ilumina los nichos mientras las farolas escupen su luz mortecina. A pesar del silencio

estremecedor que inunda el lugar, siento que me abraza una extraña calidez mientras camino hasta su tumba. Una vez allí, finalmente me reencuentro a solas con ella: mi Raquel.

Con delicadeza, retiro las flores ya marchitas y, como si se las estuviera entregando después de una función, dejo encima de la piedra fría un nuevo ramo de violetas, tan frescas como mis recuerdos.

Tabla:

1. **Cementerio de Montjuïc:** en el camposanto barcelonés está enterrada la artista. Su entierro multitudinario fue el último tributo de la ciudad a su musa.
2. **Teatro Arnau:** fue el escenario del debut de Raquel Meller y donde inició su meteórica carrera en el mundo del cuplé.
3. **Teatro Romea:** Actuó Encarnación López, rival eterna de la Meller. Nombre del teatro de Madrid donde ambas artistas tuvieron una pelea.
4. **Calle de Aribau N°38:** Casa de la Meller y bar donde se reunía con Padilla, compositor de sus canciones más conocidas.
5. **Teatro El Dorado:** escenario donde interpretó su primer cuplé en catalán.

Bibliografía:

ALEGRE, L. (2012). *Cosas de Raquel* [en línea]. [Data de consulta: 26/04/18].

<https://www.huffingtonpost.es/luis-alegre/cosas-de-raquel_b_1705003.html>

BARREIRO, J. (2012). *Raquel Meller, el misterio y la gloria* [en línea]. [Data de consulta: 02/05/2018]. <<https://javierbarreiro.wordpress.com/2012/06/08/raquel-meller-el-misterio-y-la-gloria/>>

BARREIRO, J. (2013). *Raquel Meller. 130 Aniversario. Sus películas.*

[en línea]. [Data de consulta: 02/05/18]. <<https://javierbarreiro.wordpress.com/2013/02/27/raquel-meller-125-aniversario-sus-peliculas/>>

BARREIRO, J. (2011). *Raquel Meller*. [en línea + diario electrónico]. [Data de consulta: 01/05/18]. <<https://javierbarreiro.wordpress.com/2011/11/01/raquel-meller/>>

DE LA FUENTE, M. (2012). *Raquel Meller, de las mieles del éxito a las hieles del olvido*. [en línea]. [Data de consulta: 26/04/18]. <<http://www.abc.es/20120619/cultura-musica/abci-raquel-meller-mieles-exito-201206181701.html>>

FERRER, S. (2015). *La cupletista, Raquel Meller*. [en línea]. [Data de consulta: 28/04/18]. <<http://www.mujaresenlahistoria.com/2015/03/la-cupletista-raquel-meller-1888-1962.html>>

MONTERO, J. (1915). “*La Argentinita*” y *Raquel Meller* [en línea]. Nuevo Mundo. [Data de consulta: 28/04/18].

<http://4.bp.blogspot.com/FCxpMXLzJ48/T7VhzJyeKml/AAAAAAAAAFDs/yg--GG7Bsuc/s00/Argentinita+y+Raquel+M...>

RUBIO, J. (2012). *El mito trágico de Raquel Meller*. [en línea]. [Data de consulta: 28/04/18]. <http://www.bne.es/es/Micrositios/Guias/FolletoExposiciones/resources/docs/FolletoExpoRaquelMeller.pdf>

Autores:

María Jesús Ballesta, Roxanis Baños, Anna Carballo, Beatriz Costa, Marta Cunha, Clàudia Illa y Luca Rebori.



CAPÍTULO 6

ANAÏS NAPOLEÓN, FOTÓGRAFA

Pionera de la **fotografía**

Barcelona fue la ciudad que contempló cómo Anaïs Napoleón (1831-1912), la primera fotógrafa y cinematógrafa de España, desarrolló gran parte de su trabajo. Y fue en la Ciudad Condal donde, junto a su marido, fundó el mítico estudio fotográfico Napoleón, un retablo social y humano que retrató la efervescencia de la urbe.

Las manos de la mujer sostienen con delicadeza la placa de cobre con recubrimiento de plata. La contempla maravillada al introducirla en la cámara fotográfica. Sabe que obtendrá una imagen muy nítida y que ésta será única. Sabe que con este proceso se simplifica el tiempo para obtener un solo positivo directo. Es la primera vez que Anaïs Napoleón, la primera fotógrafa en España, usará el daguerrotipo, el invento de Niépce y Daguerre popularizado por la Academia de Ciencia y el gobierno francés. En ese instante se contribuía al desarrollo de la fotografía en el Estudio Napoleón, en Madrid, y al proceso de una aventura llamada fotografía. Una historia de pioneros en la que Anaïs Napoleón tuvo un papel más que notable.

La España en la que vivió y trabajó esta mujer excepcional no era precisamente una balsa de aceite. Las revueltas contra las órdenes religiosas en España y los motines anticlericales están

a la orden del día. Todo es sorprendente pero no nuevo. Tras la muerte del rey Fernando VII y el inicio de la guerra, los religiosos apoyaron a los carlistas, acérrimos opositores al liberalismo. Anaïs, a pesar de ser originaria de Francia, es una mujer muy interesada por la realidad de su país de adopción. Bautizada con el nombre Anne Tiffon Cassan, Anaïs nació en Francia en 1831 y a los 14 años se trasladó junto a su familia a Barcelona. Ahí fue donde conoció al que sería su esposo y compañero de trabajo, Antonio Fernández Soriano, ‘Fernando’, militar y músico de profesión pero dedicado íntegramente a la fotografía en la Ciudad Condal.

De su mano, Anaïs empezó a introducirse en el campo de la fotografía, convirtiéndose así en la primera mujer en España que ejerció esta labor. El 1850 se casaron y montaron su primer estudio fotográfico en la Rambla. Corría el año 1852 y ese lugar que los vería crecer profesionalmente, ubicado en un edificio colonial de la Rambla, a un paso de la iglesia de Santa Mónica, se convertiría de inmediato en un lugar de paso obligado para quienes aspiraban a ser alguien en Barcelona.

Lo llamaron el estudio “Napoleón”, tomando en cuenta que, en aquella época, resultaba atractivo utilizar nombres franceses. A partir de entonces, la pareja sería conocida como “los Napoleón”, una de las sagas familiares de fotógrafos más importantes de Barcelona durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX.

Un icono barcelonés

Una tarde, en su estudio, bajo la luz de una pequeña bombilla de la lámpara de arco, Anaïs observó las últimas fotografías realizadas por el daguerrotipo. Una por una, las giró y colocó sobre la mesita con cuidado y atención. En los dorsos se podía leer el nombre “A. y E. Dits Napoleon”. Seguro que entonces recordó la primera vez que abrió la sala de estudio, el lugar donde trabajaría durante años la pareja. Si alguien le hubiera dicho que aquel lugar donde iniciaron su carrera como fotógrafos pronto iba a convertirse en el estudio más importante de la ciudad no lo hubiera creído en absoluto.

Y sin embargo, eso fue en lo que se convirtió. Políticos, militares, actores, religiosos, arquitectos, cantantes e, incluso, los reyes Isabel II y Alfonso XII, pasaron por ante la mirada de Anaïs. Sentada en su sillón de estilo neogótico, Anaïs contempló absorta el trabajo realizado allí que, por años, se tradujo en prosperidad económica y social para la familia. Simplemente, no lo podía creer.

Con un orgullo, clasificó sus creaciones en daguerrotipo, tarjetas de visitas, retratos que parecían pintados al óleo y fotografías post modern, esto como método para apresurar la noche y conciliar el sueño.

Un día, su esposo, Fernando, entró entonces en la habitación con una carta entre sus manos. Anaïs lo miró con expectación tras constatar con un vistazo el sello rojo estampado y el signo de la casa Real Española. No era muy extraño que llegaran esas cartas a su casa. Rondaba el año 1875. Para ese entonces la pareja “Napoleón” gracias a su buen trabajo era ya conocida con el título de fotógrafos reales. Así que esa carta debía ser especial. Era un reconocimiento a su trabajo y dedicación, además de traer en su interior un encargo muy concreto: retratar a todos los miembros de la realeza. No hacía mucho tiempo que su majestad, Alfonso XII, había sido recibido en Barcelona como nuevo rey por las autoridades y por el pueblo, que querían depositar en él las esperanzas de una nueva época para el país. Ese día, vapores salieron de Barcelona hacia la costa a las tres de la madrugada, con músicas y fuegos para dar la bienvenida al proclamador.

¿Cómo lograron ser la cámara del nuevo rey? -se preguntaría muchas veces Anaïs. Puede que en alguna de las reuniones que asistiera su majestad, alguien que conocía el trabajo de la pareja le entregara a la familia real alguna de sus tarjetas de visita. Se habían especializado en la carta de presentación, también llamadas tarjeta de visita, un formato fotográfico para retratos de estudio que se usaba para presentarse profesionalmente. Se hicieron tan populares que la gente se las intercambiaba o las vendían.

Aires de cambio

Los Napoleón recibieron expectantes las noticias de la revuelta que había estallado en Aragón. Fernando explicó a Anaïs que el movimiento pretendía poner fin al régimen del Estatuto Real, implantado en 1834 por la regente María Cristina de Borbón-Dos Sicilias y dar paso a una monarquía constitucional con el restablecimiento de la Constitución de 1812, la popular *La Pepa*. Los ojos curiosos de Anaïs leyeron la noticia sobre las *bullangues* o revueltas populares de los liberales y de sus asaltos a conventos y monasterios con el resultado de 70 muertos del clero regular y ocho sacerdotes.

No eran las únicas realidades que anunciaban cambios y que poco a poco descubriría Anaïs. A través de un periódico publicado en su idioma, la joven tuvo constancia de cómo Joseph Nicéphore Niépce realizó la primera fotografía de la historia en 1826 con una cámara oscura y mucha paciencia. ¡Necesitó ocho horas para completar el proceso de exposición! Una enorme cantidad de tiempo que, sin embargo, al reproducir una vista de la ventana en Le Gras, su residencia en el sur de Francia, pasaría a los libros de historia como la primera fotografía de la historia.

Este antecedente emocionó a Anaïs, hasta tal punto de querer saber todo acerca del oficio que su marido le había compartido. En el periódico se enteró que Louis Daguerre mejoró el proceso de Niépce e inventó el daguerrotipo y su posterior ofrecimiento por parte de éste a la Academia de Ciencias y al gobierno francés. Estos vieron de inmediato el potencial de semejante proceso, por lo que el gobierno compró la idea en 1839 para ponerla libre de patente. Gracias a eso, el daguerrotipo mejoró especialmente el tiempo de exposición, que pasó de 10 minutos durante la fase de prueba, en 1836, a un minuto, ¡un minuto! en 1841.

Anaïs no tardaría en descubrir por sí misma los secretos del daguerrotipo. No cuesta demasiado imaginársela en su estudio, practicando sin descanso. Ella aún no era consciente, pero estaba entrando en la historia como una de las pioneras en la fotografía profesional.

Y con ella llegó el cine

Años más tarde llegó a Barcelona la noticia sobre otro invento que, desde el principio, captó la atención de Anaïs: corría el año 1895 y los hermanos Lumière habían inventado el cinematógrafo. Con la actitud desinhibida y brillante de los pioneros, Anaïs, después de asistir a la presentación del cinematógrafo en la ciudad, tuvo la inmediata certeza de su potencial. Aunque si hubo un motivo de orgullo que Anaïs siempre enarboló y recordó fue que su estudio de fotografía, famoso ya en Barcelona, fuera el lugar escogido por los hermanos Lumière para mostrar por primera vez en la ciudad las posibilidades de su invento, muy poco tiempo después de haberlo hecho en París.

Anaïs no lo dudó un instante, así que compró un cinematógrafo para así proyectar en dos de salas de la ciudad –una en la Rambla y otra en Paral.lel- esa nueva forma de capturar en movimiento el mundo, una sensación de logró que experimentó, día a día, hasta 1908.

Así fue Anaïs Napoleón, una mujer intuitiva, formada y valiente que se adentró en los caminos de la imagen con pasión y trabajo, una combinación que, a la postre, la convertiría en toda una pionera.

Tabla:

1. **Jardines Napoleón:** Exposición conmemorativa sobre el legado del Estudio Napoleón permanente en honor a esta empresaria que marcó toda una época en Barcelona.
2. **Plaza del Ángel:** El estudio, situado entre la calle de Ferran y Via Laietana, fue un regalo que la pareja obsequió a uno de sus hijos, Napoleón Fernando, y que estuvo operativo hasta su definitiva desaparición en 1909.
3. **Estudio Napoleón:** Ubicado en la Rambla de Santa Mónica, número 18, es una coordenada clave para entender el trabajo de Anaïs y de su esposo Fernando en la ciudad.
4. **Cementerio de Montjuïc:** Anaïs falleció en 1912, a los 82

años, “de agotamiento senil y diabetes”. Fue enterrada en el popular cementerio barcelonés.

Bibliografía :

GARCÍA FELGUERA, María de los Santos. (2005). Anaïs Tiffon, Antonio Fernández y la compañía fotográfica “Napoleón”. [en línea]. Madrid. Universidad Complutense de Madrid. [Fecha de consulta: 10/10/2018].

NASH, Mary. (2007). Fotògrafes pioneres a Catalunya. [en línea]. Barcelona. Institut Català de les Dones. [Fecha de consulta: 10/10/2018].

ZECCHI, Barbara. (2011). Desenfocadas: cineastas españolas y discursos de género. [en línea]. Barcelona. Icaria editorial. [Fecha de consulta: 10/10/2018].

Autores:

Juan Carlos Espantoso, Nuria Blanch, Nathaly Rodríguez, Juan Sebastián Toro, Stephanie Piña Acosta, María Isabel Pérez Cerqueda, Víctor Casselli y Alexis Henrio